

Wilson Izquierdo González



ENTRE GRADIENTES Y TRAVESIAS

Saludo de bienvenida a:

Entre Gradientes y Travesías

De Wilson Izquierdo González

Cada vez que ‘colgamos’ un nuevo libro de un autor cajamarquino en nuestra [**Biblioteca Virtual "Cajamarca"**](#) sentimos una enorme complacencia por dos razones importantes, la primera, porque estamos apoyando a la difusión de la cultura cajamarquina, que es nuestro objetivo primordial, y la segunda porque estamos proporcionando libros de calidad para fomentar el hábito de la lectura en las familias de habla hispana.

Entre Gradientes y Travesías -en su 2da. Edic. 2013- nos ayuda a cumplir estos propósitos con el manajo de narraciones selectas que contiene, tan amenas, ilustrativas y didácticas escritas por un gran profesor que sigue vertiendo sus enseñanzas.

Agradecemos a don Wilson Izquierdo González su afectuosa generosidad por alcanzarnos y permitirnos la difusión virtual de este nuevo libro.

Cajamarca, 07 de junio de 2013

Juan C. Paredes Azañero

“Entre Gradientes y Travesías”

© **“Entre Gradientes y Travesías”**

© Autor: Wilson A. Izquierdo González

e-mail: wilizquierdogon@gmail.com

Fotografía de carátula:

El Río Mayo desde la punta de Tahuishco - Moyobamba

© Propiedad del autor

Segunda Edición 2013

Cuidado de la edición: Dennis Izquierdo García

Qilqasqa Perú Laqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè àu Pèrou

Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2011- 01548

Impreso en Cajamarca, Perú, MMXI.

DEDICATORIA:
A mis hijos:
Zully, Tania Rocío,
Dennis, y; Rossana.
con el fraternal afecto
de toda la vida
El autor.

“Entre Gradientes y Travesías”

SUMARIO

- Prólogo del autor	Pág. 011
- Clarinete... Señor Cura	Pág. 013
- El Pishgo Citadino	Pág. 027
- El Alma en pena del sifón de Monte Grande.....	Pág. 041
- El bautizo del moro	Pág. 057
- El gato marañoso	Pág. 067
- El “Tumbao” de Cholol Alto	Pág. 075
- El Viejo y el Toro	Pág. 087
- Los cadillos de Huayobamba	Pág. 103
- Para desquitar la sal	Pág. 115
- Un terno de chasqui para el Doctor.....	Pág. 123

PRÓLOGO DEL AUTOR

“*Entre Gradientes y Travesías*” es una miscelánea de narraciones que acaecen aquí y allá, y que han sido compiladas con ese nombre, precisamente porque no ocurren en un mismo escenario geográfico ni en un mismo horizonte temporal, debido a que la errante imaginación del narrador deambula por todos esos escenarios, recorriéndolos a través de sus propias retrospecciones y ficciones.

La primera de las narraciones, por ejemplo, ocurre en el poblado de Sucre —que antiguamente era conocido como “El Huauco”— y que actualmente es uno de los distritos de la provincia de Celendín. La historia de *Mariquita*, que se narra en “*Clarinete... Señor Cura*”, ocurre en fecha indeterminada que corresponde a la época en que don Manuel Prado fue presidente de la república, porque hace referencia a que ella presume que el cambio de nombre de Huaco por Sucre, se debió a la influencia política que llegó a tener don Nazario Chávez Aliaga, notable huauqueño, que llegó a ser secretario del Presidente Prado y que nos legó una serie de libros sobre Cajamarca, de notable calidad histórica.

En el “*Pishgo Citadino*” en cambio, si bien el tiempo no está explícitamente definido, se ubica en una época en la que el manantial de Chontapaccha era utilizada por la población de Cajamarca, para lavar allí su ropa y después secarla al sol, tendiéndola sobre las pencas azules que existían a ambos lados de la carretera afirmada a Hualgayoc. Ese tiempo es de presumir que corresponde a los años comprendidos entre las décadas del 50 al 70 del Siglo XX, ya pasado.

Siguiendo con su travesía y bajando por la gradiente natural que forma el río Jequetepeque desde San Juan

hasta su desembocadura en el mar en la provincia de Pacasmayo, el autor llega al pueblito de Monte Grande, en el cual escucha de sus alumnos mil una historias. La que corresponde a *“El alma en pena del sifón de Monte Grande”* es una de “ánimas y aparecidos”, con la sorpresa de que si bien el hecho del suicidio fue real, porque la muerte ocurrió allí en los rieles del vagón que hacía servicio de Pacasmayo a Chilete, los lamentos del “almita en pena” que se escuchaban eran los de un lobito de río.

En *“El Bautizo del Moro”*, al igual que en el cuento *“Con Garantía para Piadoso”*, el autor perfila la imagen y personalidad del R.P. Lorenzo Vigo, ya fallecido pero de grata recordación para los feligreses del barrio de San Pedro en Cajamarca. Sin embargo el bautizado es un personaje que viene a Cajamarca desde la Selva, otra vez por gradientes y travesías.

En el “Gato Marañoso” la anécdota ocurre en la ciudad de Lima, pero termina en Tarapoto. Ni qué decir del *“Tumbao de Cholol Alto”*, en el cual, la acción transcurre en Tembladera, “pero bajando y subiendo desde ese lugar hasta Cholol Alto”.

Cajamarca es otra vez el escenario para *“El Viejo y el Toro”*, pero de allí hay que trasladarse a la provincia de San Marcos para degustar *“Los Cadillos de Huayobamba”*, luego deambular nuevamente hasta la selva de Moyobamba y sorprenderse con una mantona que se traga a una persona entera en *“Para desquitar la sal”* y... terminar más sosegados después de tanta gradiente y travesía con *“Un terno de chasqui para el Doctor”* en Trujillo.

El autor.

“¡CLARINETE!... SEÑOR CURA”

Serían las once de la mañana cuando, en la Iglesia del Huauco, el señor cura dio inicio a la ceremonia del matrimonio religioso de Dionisio Silva Zamora y María Concepción Chávez Aliaga —más conocida en toda la comarca simplemente como Mariquita—.

Frente al altar mayor, allá por esos tiempos en que el señor cura hacía la misa de espaldas a los feligreses y dando frente al Santísimo —al que tenía encerrado con llave en una cajita de madera primorosamente labrada para ese único fin— se encontraban bien enfundados en sus ternos de casimir inglés los varones y en sus “trajes de luces” de diferentes modelos las mujeres, haciendo compañía a una bien bañada novia reluciente de blancura de la cabeza a los pies, y a un novio de terno azul marino noche, camisa blanca y corbata roja, impecables.

Todos ellos habían esperado pacientemente a que el señor cura terminara la misa, para ir a colocarse en ese lugar, después de participar en la ceremonia, con la devoción y el entusiasmo apropiados para esta clase de rituales religiosos.

El novio que tenía vocación de ateo no se sabe desde cuando, fue el único que sólo para sus adentros, masculló entre dientes uno que otro reniego, cada vez que le ordenaban pararse, golpearse e pecho, sentarse o arrodillarse —justo, según él— cuando todas sus coyunturas ya se había acostumbrado a la posición anterior.

Obviamente, renegaba al no encontrarles sentido a todas estas “movidas” propias de una misa católica. Sin embargo, como era de esperarse en esta ocasión, obedeció a todas y cada una de las consignas que el monaguillo del cura fue dando a lo largo de la misa.

La novia María Concepción Chávez era de Huacapampa. Su casa quedaba en “El Torno”, por las cercanías del cerro de Huasminorco y a un lado del camino real a Celendín. Con la venta de uno de los carneros que le ayudaba a pastar a su madre por las pampas del Pachamanco y que ésta, le obsequiara como pago por realizar esos trabajos, se fue al Huaucó para hacerse curar un diente que tenía careado y que alguna vez ya le había dolido. El dentista al obturar el incisivo —grande como el de un conejo—, encontró que no había otro remedio que enfundarlo en oro, a fin de que el diente no se terminara de podrir, y le pudiera seguir sirviendo para hacer lo que hacen esta clase de muelas, con lo que él se ganaría “alguiito más” de lo que le significaría ganar con una obturación simple.

Hechos los arreglos económicos, María Concepción encontró que el dinero que había obtenido por la venta del “huacho”, le alcanzaba de sobra para pagar la muela de oro, por lo que no sin antes hacer el regateo de ley, pagó adelantado por el trabajo y pactó el día y la hora en que se lo colocarían. Ya se imaginaba ella... mirándose en el agua del pañuelo o en el espejo adosado a la pared

de la sala de su casa, sólo para comprobar cuan reluciente le quedaría. Pero se sintió más contenta aún, al calcular la envidia que iba a generar en sus paisanas, con semejante joya dental.

En Huacapampa, hasta donde ella sabía, eran contaditas las personas que podían mostrar un diente de oro brillante como el sol, en medio de una sonrisa de oreja a oreja. La tarde en que fue al dentista para que éste le enfunde con oro la muela de conejo que ya le había sido obturada, se encontró allí en la salita de recibo del consultorio, con un joven que, al parecer, se iba a hacer la misma compostura dental que ella, sólo que el incisivo a enfundar en oro de este joven, era el inverso simétrico del de ella, lo que de inmediato la llevó a pensar que, si algún día se llegaran a besar, sus dientes de oro chocarían entre sí y se convertirían en algo así como “marido y mujer”.

Como no sabían cómo iniciar una conversación a la que se sentían obligados, sólo por decir algo, María Concepción le preguntó:

— Y a usted... ¿qué composturita le piensa hacer el dentista?

— Me van a curar esta muela... incisivo creo que se llama —contestó el aludido con amabilidad, mostrándole con su dedo índice el diente que también lo tenía empastado y listo para la funda de oro—.

— Vea usted qué casualidad, a mí también me van a curar esa muela... ¿cómo se llama? Ahh, incisivo creo que me parece que ha dicho usted. En mi casa me dicen, por fregarme la paciencia, que es muela de conejo.

— Ahh caramba, en mi casa también a mi me dicen que esa muela es de conejo. Como para no creer... tanta casualidad, señorita.

— Y... ¿a usted también, este dentista, le va a poner una funda de oro en su muela de conejo?

— La verdad que sí. Me ha dicho que si sólo lo recubre con cementina, otra vez se va a carear y que la curación no me va a durar. Que lo mejor, dizqué, es que lo enfunde en oro, así quedará protegido el diente para toda la vida. Además, me ha dicho que los dientes de oro, ahora están de moda.

En ese momento, salió del apartado cerrado por mamparas, donde el dentista tenía su aparato de obturar las muelas accionado por un pedal, una serie de poleas y unas largas correas de cuero de vaca, una paciente feliz luciendo una flamante corona de oro en uno de sus caninos, al que todos pudieron ver por la gran sonrisa que salió mostrando, sonrisa que —dicho sea de paso— a todos les pareció por demás forzada. Sin embargo, como con un ademán de la cabeza y sin dejar de sonreír se alejó del consultorio, el dentista queriendo ser muy cortés, preguntó a los dos pacientes que le esperaban:

— ¿Cuál de ustedes llegó primero?

— ¡Yo! —dijo el hombre, adelantándose a la mujer— pero gustoso le cedo el turno a la hermosa señorita que me acompaña.

— De ninguna manera caballero —objetó ésta— usted pase primero y... mejor me espera para que me acompañe de regreso a Huacapampa. Porque, me parece

que de allá es usted también, ¿no?... además, a la hora que ya nos regresemos caerá la oración.

— ¡Sí! —le respondió el hombre como pasar al consultorio— yo le espero para regresar juntos a Huacapampa, señorita...

— ¡María Concepción!... pero, a mí todo el mundo que me conoce me dice sólo Mariquita —le aclaró ella de inmediato—.

Al dentista le demoraría veinte minutos, a lo mucho, la tarea de enfundar con oro al enorme incisivo de Dionisio y otro tanto a la muela de María Concepción. Hechos los pagos que restaba él, ambos se despidieron del sacamuelas con sendos apretones de manos y enrumbaron sus pasos rumbo a Huacapampa, por el camino real que lucía empedrado en algunos de sus tramos. Ninguno, durante los primeros cinco minutos de viaje, quiso abrir la boca para no tener que mostrar la joya que llevaba cada quien en su dentadura. Sin embargo, tan pronto dejaron la última acequia que corría por en medio de la calle para recoger el agua de lluvia —y los orines de las bacinicas de “cierta gente” que suele existir en cada pueblo—, cogieron el camino que les acercó cada vez más a un terreno que estaba destinado para la construcción de la posta médica del pueblo. Fue entonces que María Concepción ya no se aguantó la lengua y le soltó algo que parecía una reclamación.

— Mire usted pues joven... ¿qué tendrá el Huauco que no tenga nuestro Huacapampa, para que a ellos les construyan posta y, a nosotros... como dirían los costeños, naca la pirinaca?

— La verdad es que a mí... eso también me sorprende. Dicen... mi querida señorita... ¡Mariquita!,

que la construcción de esta posta médica les ha gestionado, don Nazario Chávez Aliaga que, ahora es nada menos que el secretario privado del Presidente del Perú don Manuel Prado Ugarteche.

— Qué ha de ser... ¿tanta vara junta ya pué va a tener ese huauqueño adefesiero? ¿Acaso no lo han conocido cuando vivía acá en el Huauco y era un cholo blanquiñoso y medio lagañoso? Igual que cualquier cristiano no más era. Nada especial, don...

— Dionisio Silva Zamora, pa' servirle, señorita María Concepción. Pero, así están las cosas. El maldiciado ha logrado colocarse bien cerquita del mismísimo Presidente de la República. Por eso, consigue esas cosas. Nosotros, en ese terreno, no tenemos vela en el entierro y estamos como quien dice, ni más ni menos como entenaditos del gobierno.

— Ahí si pué tiene usted toda la razón. Por lo visto, los huacapampinos no tenemos vela en este entierro, ni en cualquier otro, oiga usted. Así que tendremos que venir hasta el Huauco cuando tengamos necesidad de curarnos aunque sea de una diarrea, cuando el agua de pepa de palta de Balzas ya no quiera hacernos efecto. Y... por siaca, ¿no habrá sido este mismo "nashaco" el que ha gestionado para que les cambien los nombres a nuestros pueblos? En lugar de Huauco ahora dizqué será Sucre, y Huacapampa dizqué será José Gálvez, del mismo modo que Lucmapampa ahora dizqué será Jorge Chávez. Habrase visto tanto adefesio. Los pueblos nuevos que tengan nombres nuevos, pero los que ya lo han tenido, eso de cambiarles el nombre, aunque sea por el de un héroe, me parece una gran gafedad.

— Completamente de acuerdo mi querida Mariquita, ¡completamente de acuerdo! —fue lo único

que Dionisio le respondió para no darle la contra en nada, en tanto pensaba para sus adentros que “esta chinasha” no se le iba a escapar por ningún motivo—.

Y siguieron camina que te camina y conversa que te conversa. Dionisio escuchando y Mariquita, como una lora con cuerda para hablar, sin parar. Cuando pasaron por la enorme laguna que por las lluvias casi había cubierto de agua el camino real a Huacapampa, tuvieron que quitarse los zapatos y pasar descalzos. En tal trance, Dionisio pudo ver las bien torneadas piernas de María Concepción y ella, por su parte, las peludas canillas de Dionisio. Tan pronto pasaron los rebalses de la laguna que habían inundado el camino, volvieron a ponerse los zapatos, para seguir otra vez su caminata hasta Huacapampa. Cuando la noche comenzó a inundar con sus negros crespones las pencas del borde del camino, apareció el pueblo ante su vista, cruzaron el último puente de troncos de eucalipto y dieron por hecho que, el viaje había llegado a su fin.

Pero... quedaron en encontrarse otra vez al día siguiente... y al día siguiente... y al día siguiente. Ella tenía el pretexto de salir a pastar los huachos y él, por lo visto, no tenía impedimento de ninguna clase. Hasta que se vieron obligados a acordar tener que casarse, porque a ella, hacía ya cerca de dos meses, se le había suspendido la regla y le habían comenzado a sobrevenir, cuando menos se lo esperaba, unas terribles ganas vomitar lo que hasta no hubiera comido. En su casa, su hermana Luzgardes ya se había dado cuenta de la situación, pero le había prometido no decir nada. Sus padres, no tardarían en hacerlo, porque como decía la gente, no hay nada bajo el cielo que quede oculto para siempre, solo que... claro, en esta clase de cosas, los padres son los últimos en enterarse de los hechos.

Antes de sus encuentros con Dionisio, a Mariquita le encantaba tomar su desayuno con dos “panes de agua”, de esos que no llevan manteca, y chorizos fritos de Celendín, pero ahora, sólo el escuchar la palabra chorizo hacía que le sobrevengan terribles arcadas. Además, las tremendas ojeras árabes que le habían salido, estaban denunciando desde hacía tiempo que los malestares esos que de repente comenzó a padecer, sólo tenían un motivo y que la gastritis, el mal del hígado, el colon irritable, el meteorismo y no se sabe qué tantos otros males más, eran causados por aquel cholito que de repente iba a ser zarquito como su abuelo “Calinche”, al que llamaban así porque le gustaba su traguito.

Por ese motivo, tan pronto lograron verse una vez más al borde de los alfalfares de la pampa del Pachamanco, tratar el “asunto urgente” se llevó a cabo sin postergaciones ni disculpas de ninguna naturaleza. Directa como era para tratar los asuntos más espinosos, Mariquita le planteó el caso a Dionisio de la siguiente manera:

— Bueno pues mi querido Dioni, como sabrás, de tanto andarnos dando el gusto por todas estas quebradas debajo de las pencas o de las zarzamoras, ahora ya pues, como te habrás dado cuenta, estoy más que fregada. Resulta que, desde hace ya cerca de tres meses no me viene la regla... y no me vengas con que “así me gustas chinita... por sanota” como le dijo el Pedro Infante en una de sus películas, a una de las mujeres que él embarazó.

— Eso no es problema mi querida Mariquita... ¡nos casamos!, ¡nos casamos, cuando tú digas! ¡No, faltaba más! —le contestó Dionisio, con una cara que en lugar de sorpresa demostraba una tremenda alegría—.

— Enton... ¿no te me vas a echar para atrás con la tonada de yo no fui o de que no estás todavía preparado para esto? Lo que me estás diciendo es en serio, o como quien dice... ¿no me estás “cochineando”?

— Cómo puedes decir eso, Chinita Linda. Si lo que he estado esperando es que ocurra algo como esto para que tú, más bien, no me vayas a resultar como la coche y me salgas torciendo el rabo pa`donde no conviene y con la tonada de que... me voy pa`Lima y... aquí se acaba todo.

— Enton pué Dioni... ¿nos vamos a casar?

— Clarinete pué mi querida Mariquita, ¡clarinete! Mañana mismo por la noche me voy con mis padres a pedir tu mano y... nos casaremos, como Dios manda el día que allí, en la pedida, acuerde la familia —desde allí, como si se hubieran puesto de acuerdo, María Concepción y Dionisio, para cualquier cosa que exigiera una respuesta afirmativa, lo hacían sólo con la palabra “clarinete”—.

Al día siguiente, toda la familia de María Concepción, desde las tres de la madrugada, estuvo levantada calentando el horno y amasando la harina para el pan, los molletes, las rosquitas, los bizcochuelos amoldados en latas de portola y las galletas con formas de animalitos, para la pedida de mano. Sacrificaron un lechoncito y lo ahornaron y... por siaca no traiga nada la familia del novio, a primera hora enviaron un propio a comprar en Celendín, una garrafa de macerado de limita en aguardiente de caña de Rodríguez de Mendoza, de la tienda de don Leoncio Aliaga.

La “limita” no se llegó a consumir, porque la familia de Dionisio llegó a la “pedida”, bien aprovisionada de varias

botellas de pisco Vargas, Vermouth, Cinzano, Stronger y hasta de un par de botellas de Fernet, por si acaso a alguien le vaya a doler la barriga. Y, como era de esperarse, las formalidades muy pronto se rompieron como por arte de magia, cuando las familias comenzaron a establecer el consabido árbol genealógico, para resultar diciendo al final de tanto rebuscar en las raíces biológicas de cada quien, que los abuelos, tanto de Mariquita como de Dionisio, eran “hijos de dos hermanos”, lo que en cristiano quiere decir que habían sido primos hermanos.

— Así que cholo hermano, que no se hable más del asunto, que la cosa quede en familia como siempre hemos acostumbrado por estos rumbos y que, en lugar de que a mi hija se la coma tanto gallinazo que anda suelto por allí, que se case con tu hijo que siempre ha sido y será de la familia —dijo, don Pascual, padre de Mariquita, para zanjar el asunto en forma definitiva— Ahh... y que se casen estos dos cholos grajientos el domingo treinta de septiembre, que no es fiesta, para hacer nuestra propia fiesta nosotros con toda la familia —sentenció, algo así como lo hubiera hecho un rabino judío—.

En la pedida de mano, se acabaron comiendo el lechón, las tortas de manteca, los molletes, las galletas y todo lo que se había previsto para la reunión, incluyendo los tragos que habían traído los familiares del novio. La garrafa de limita de don Leoncio Aliaga se salvó, porque Mariquita lo refundió bien debajo de una de las camas, en la idea de que ya estaba bien de copas y que había que guardar algo para la fiesta del matrimonio, pero más que todo, por su bien con sabina naturaleza shilica.

Así y todo, a eso de las cinco de la mañana, tuvo que levantarse con su madre a buscar al gallo carioco más

gordo que tenían en el corral, para convertirlo en “caldo de gallina”. Finalmente, no sin antes prometerse que la fiesta del matrimonio de sus hijos, la tenían que hacer como se debe, se retiraron todos a dormir cada quien en sus casas, después de dejar zanjadas las cosas que cada familia tenía que poner para la fiesta y en la ceremonia de la iglesia.

El día fijado para la ceremonia del matrimonio, todos los integrantes de ambas familias se levantaron muy temprano para asearse y ponerse sus mejores atuendos. Luego tuvieron que ir hasta el Huauco caminado, cada quien formando su propia comitiva. La iglesia, la habían adornado con cartuchos y rosas blancas las hermanas del novio y de la novia. Habían repartido el arroz para tirarlo a la cabeza de los novios a la hora que salieran de la iglesia y... todos los detalles se finiquitaron como tenía que ser. Sólo que el cura, a la hora de la hora, les salió con la tonada de que ese día iba a hacer misa normal y que después del santo sacrificio, oficiaría el sacramento del matrimonio, previa comunión de todos los familiares del novio y de la novia, pero especialmente de éstos.

Como no hubo forma de lograr que el matrimonio se celebre con misa exclusiva, sino después de la misa normal que el padre tendría que officiar para todo el pueblo, porque en ese tipo de cosas, ese cura del Huauco era bien cabeza dura, no les quedó otra cosa que aceptar la ceremonia como el señor cura quería que fuese. Y así se hizo. Ni más ni menos como el cura quería que fuera. Pero como no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista, según decía la gente mayor tanto del Huauco como de Huacapampa, a eso de las once de la mañana la administración del sacramento del matrimonio de Mariquita y Dionisio, por fin dio comienzo.

En medio de tanta ceremonia y formalidad, como acostumbraba realizar todos los rituales religiosos el cura del Huaucó, éste por fin hizo a María Concepción la pregunta de rigor:

— Señorita María Concepción Chávez Aliaga, ¿desea usted contraer matrimonio con el señor Dionisio Silva Zamora, aquí presente?

La pregunta, a pesar de la solemnidad del ritual, tomó desprevenida a Mariquita. Ella en ese momento, justamente, estaba “viendo” al cholito que llevaba en su vientre y que había comenzado a patearle, corriendo por las faldas del Huasminorco, tratando de hacer volar una cometa que no quería elevarse por falta de aire. Así que, contestó lo primero que se le vino a la mente:

— ¡Clarinete señor cura!

— Esa no es la respuesta que espero de usted señorita María Concepción —le reconvinó el señor cura, pidiéndole que ponga más atención a lo que tenía que contestar— así que le voy a hacer de nuevo la misma pregunta: ¿desea usted contraer matrimonio con el señor Dionisio Silva Zamora, aquí presente?

— Esa es pregunta y no también —le respondió muy segura de sí Mariquita, por considerar que la tal pregunta era por demás una necesidad—.

Según su propia racionalización de las cosas, para eso había soportado tener que estar parándose, arrodillándose y sentándose durante toda la misa, para eso se había bañado de madrugada, para eso estaba vestida de blanco, para eso había hecho la fiesta de la pedida de mano en su casa, para eso le había pagado al cura los derechos correspondientes por sus servicios y

por el alquiler del templo, para eso habían comprado los aros de oro, para eso habían tenido que depositar doce monedas en la tesorería de la iglesia en calidad de arras, para eso estaban ahora en el templo toda su familia y la de su novio, para eso habían cubierto de cartuchos las bancas de la nave central de la iglesia del Huauco trayendo las flores desde Guañambra, en fin... sólo para eso se había armado todo este alboroto, en razón de lo cual para ella, la pregunta ésta de este cura de cuernos, era una necedad más propia de su chochera, que una pregunta pertinente para la ocasión.

Pero el cura, siguió en sus trece:

— Señorita María Concepción, no quiero que me conteste con una más de sus huacampapadas, la ceremonia y especialmente el ritual católico del matrimonio, tiene que administrarse como está establecido. Por lo tanto, vuelvo a plantearle la misma pregunta: ¿desea usted contraer matrimonio, con el señor Dionisio Silva Zamora, aquí presente?

— Ya le he contestado esa pregunta señor cura, pero vuelvo a repetirle para que no se queje de mí: ¡Clarinete señor Cura, si por eso soy venida! —y como lo dijo con tanta fuerza y seguridad de sí misma, cada una de sus palabras retumbó por todo el recinto en mil ecos, dejando al cura perplejo y sin saber qué decisión tomar por más de un minuto, en un silencio que pareció eterno—.

Finalmente, no sin carraspear varias veces, por esta única vez el cura tuvo que ceder. Se convenció a las malas, que con esta huacapampina de muela de oro de conejo, no iba a poder jamás. Ella era más cabeza dura que él, por lo visto. Así que los casó como Dios manda y, según dicen, la respuesta de Mariquita comenzó a circular como el chisme más fresco, por todo el Huauco

y Cantange, por todo Huacapampa y el Torno, por todo Macash y Lucmapampa y, por todo Guañambra, hasta llegar hasta San Cayetano, muy cerca de los dominios del Niño Jesús de Pumarume, que ante la noticia, sólo atinó a mover la cabeza como cuando alguien acepta las cosas que no tienen remedio.

EL PISHGO CITADINO

Panchito, el “indio pishgo” más picaro y buen mozo de Huacariz, decidió un día ir a visitar a su abuelo Carmelo. Su abuelo, hacía ya mucho tiempo que había dejado la campiña y las invernadas cajamarquinas, para irse a vivir en uno de los pocos árboles de capulí de la urbanización El Ingenio, que sobrevivió a la fiebre de carnavales que atacó a los cajachos.

En la “urba” de El Ingenio, el vetusto capulí que ahora era la morada de don Carmelo, logró seguir vivo justamente por manganzón y por frondoso, pero; sobre todo, porque su nuevo propietario: el profe Carlomagno Bazán, no permitió jamás que lo talaran para unsha ni para cualquier otra cosa que pudiera ocurrírseles a los depredadores de capulíes, quedándose allí para recuerdo de los tiempos idos. Hasta hoy, en el traspatio de la casa de don Carloncho, se yergue majestuoso y solitario ese árbol de capulí, mudo testigo de su nostalgia incurable por su Unanca, donde dice que tenía otro igual.

Después de que el padre Lorenzo Vigo ayudado por algunos de sus amigos, consiguiera el terreno y la autorización para la construcción de ese pedazo de la

ciudad que es ahora El Ingenio, los carnavaleros aprovecharon para cortar todos los árboles de capulí existentes dentro de esos linderos, con la justificación de que “era mejor que sirvan de unsha siquiera, en lugar de desaparecer sin pena ni gloria una vez que la construcción de las casas y las calles así lo exigiera”.

La “urba” de El Ingenio, comenzó a levantarse luego de que la burocratizada y vieja Caja de Depósitos y Consignaciones, en un esfuerzo supremo de modernización sin paralelos, se convirtiera en flamante Banco de la Nación. Uno de las muestras de esa “modernización” fue la construcción de la Urbanización “José Gálvez”, diseñada y hecha para tratar de satisfacer las necesidades de vivienda de sus trabajadores, que se levantó muy cerca de lo que en ese entonces sólo era el puquial de aguas dulces y cristalinas de Chontapaccha y en el que, la gente solía ir a lavar su ropa los sábados y domingos, para después de secarlos extendiéndolos sobre las pencas del borde del camino a Bambamarca, regresar a sus casas aliviados de peso y con la ropa completamente limpia y seca.

En aquellos tiempos, Cajamarca como ciudad, llegaba hasta el ojo de agua de Chontapaccha. Ese era su límite natural por el norte. Desde allí hasta Samana Cruz, había todavía un montón de chacras de maíz y de pastizales para ganado, surcadas tan sólo por la vieja carretera afirmada a Hualgayoc. Pasando el “manantial del amor”, que es cómo se le comenzó a llamar al puquio de Chontapaccha después de muchos carnavales, había un polígono de tiro en el que los “sanramoninos” íbamos a practicar tiro al blanco con unos fusiles “máuser: original peruano” de la guerra con Chile y que, en cada disparo, pateaban peor que mulas mostrencas sobre nuestro inexperto hombro de aprendices de tiradores.

A decir de don Carmelo, los cajachos constituían un grupo de gente de particulares costumbres, muchas de ellas, completamente contradictorias a las de los “indios” que poblaron todos los alrededores de la ciudad de Cajamarca. Desde tiempos inmemoriales, que se pierden en la memoria de los pocos gentiles que han logrado conservar esas tradiciones ancestrales —le contaba Don Carmelo a su nieto Panchito— los cajachos se adueñaron de todas las mejores tierras del valle, desde las cabeceras del río Grande hasta la desembocadura del río Cajamarquino en el Crisnejas, tan pronto los españoles ajusticiaron a Atahualpa con la pena del garrote.

Todos los que se adueñaron de las tierras del valle fueron blanquiñosos y barbados, pero como ellos, por encima de todo fueron hombres y, hasta donde se sabe, necesitan de mujeres para reproducirse —continuó contando don Carmelo— muy pronto hicieron descendencia cruzándose con las indias más buenamozas que encontraron por estos rumbos.

Despectivamente, los cajachos les dicen “indios”, a todos los que no descienden directamente de aquellos hombres barbados y que, por añadidura, se les ocurre vivir en el campo. Obviamente, a nosotros nos llaman “indios pishgos” en franca alusión a las costumbres de aquellos, por vivir en los árboles de capulí de la campiña cajamarquina, un poco alejados de la ciudad de Cajamarca, que empezaron a construir a la usanza española, desde que se quedaron a vivir por estos lares.

Cajamarca, resultó haciéndose famosa no sólo porque allí mataron al último de los soberanos incas, sino también por sus noches de heladas en la época de cielos azules y límpidos del estiaje, por sus vientos gélidos de agosto, por sus granizadas imprevistas de febrero, por

sus inmensos pastizales que corrían como mares de esmeralda desde Porcón hasta el Crisnejas, por sus baños termales hirvientes al otro lado de los ríos Mashcón y Chonta, y por la abundancia de sus raganes en cualquier lecho pedregoso de sus ríos y quebradas.

Don Carmelo, de tanto vivir, había perdido la cuenta de cuándo había nacido y de cuántos años tenía. Antes de que comenzaran a circular por el Internet los emails sobre las bondades del agua en ayunas, él siempre se alimentó y limpió su organismo, con las primeras gotas de rocío que encontraba en los rosales y en las hojas de los árboles que, con suerte, todavía no se hubieran talado. Panchito le decía “abuelo” a don Carmelo, como le dijeron muchos otros de sus “nietos que ya no llegaban a serlo”, si se aplicaba la vieja regla de que el parentesco directo sólo es válido hasta la cuarta generación.

Tanto había vivido don Carmelo, en el campo y en la ciudad, que ya había perdido la cuenta de quiénes eran su familia. Por ese detalle, era el que más conocía acerca de las costumbres y modos de vida de los cajachos del pueblo y de los indios del campo. Así como de los “indios pishgos” que, por esas cosas de la vida, muchos como él, se habían vuelto ciudadanos. En eso de conocer a los pobladores de Cajamarca, don Carmelo era una enciclopedia andante.

— Fíjate, pues Panchito. Te podría contar mil historias acerca de los cajachos y de su pueblo: este Cajamarca que tanto queremos.

— Y qué esperas abuelito. Soy todo, oídos.

— Mira hijo: Yo vine a vivir a la ciudad dejando mi Huacariz querido, porque al dueño de los capulíes donde

yo vivía, se le ocurrió ponerse a criar abejas. Esas señoras son malas vecinas. Viven tan preocupadas en elaborar la miel y la jalea para su Reina, que para poder cumplir ese mandato son capaces de pelear a muerte y hasta de... morir en tal intento.

— Vaya, vaya, ¿así que las abejas fueron las que te hicieron correr de Huacariz, abuelito? Nunca me lo hubiera imaginado. Por allí dicen que fue porque sacaste los pies del plato y te viniste por detrás de una india pishga “bien creolla, de esas que han orinau en arena”.

— Nada que ver hijo. De ser así, ahora estaría viviendo aquí con alguna de ellas. Pero no ocurrió nunca así, y tú lo has de saber muy bien. El caso es que todas las esposas que yo he tenido en mi vida, después de haber sido, muy felices a mi lado y, sobre todo, después de haberme dado los hijos más hermosos del mundo, se fueron para siempre de mi lado. Por ejemplo, ¿tú, de que camada eres?

Pero Panchito, que no sabía esa parte de la historia de su abuelo Carmelo, en lugar de sólo responder lo que éste le estaba preguntando, intrigado por lo que acababa de escuchar inquirió y agregó a su vez:

— Yo soy nieto de Martha Elvira, la que nació en Hualgayoc y, claro, según lo que ahora entiendo, la última de las esposas que tuviste.

— No fue la última ni la primera, hijito. He tenido muchas mujeres a las que, aunque no lo puedas creer, he querido, mucho.

— Pero abuelo, y ahora por qué se te ha dado por vivir sólo y en la ciudad. ¿Quién te cuida? Porque,

después de haber tenido tanta familia, no me explico cómo es que ahora vivas más sólo que una laucha.

— Ocurre que descubrí finalmente, que todas las mujeres de mi vida han tenido siempre dos nombres. El primer nombre siempre comenzaba con la letra “M” y el segundo, con la letra “E”. No sé porqué sortilegio del destino, sin que yo me lo propusiera, he resultado en locos amores con mujeres con esas dos iniciales en sus nombres. Pero, lo peor del caso es que, pasado un tiempo, ellas morían indefectiblemente, a pesar de que cuando las conocía eran bellas, jóvenes, lozanas y no padecían de ninguna enfermedad. Cuando caí en la cuenta de ese particular detalle, es cuando me decidí a no establecer ninguna relación de amor con todas las mujeres, en general, aunque no comenzaran sus nombres con las fatales M y E. Uno nunca sabe. Una de las mujeres que conocí y que ya murió, por supuesto, se llamó María Elizabeth y, la chiquilla que últimamente andaba por detrás de mi amor fue María Eugenia, la hija de mi comadre Miriam Elinora, ¿lo puedes creer?

— Hasta donde yo sepa abuelo, la tal María Eugenia esa, que dices, es una chiquilla de apenas 17 años. Y si su madre se llama Miriam Elinora, ¿acaso no es alguna de tus ex mujeres?

— No hijo. No fue una de mis mujeres. A ella la conocí cuando yo ya había decidido no tener ninguna relación, con mujeres. Ella se resintió mucho y creyó que yo la desprecié, pero Dios sabe que lo hice para que no muriera, y se lo dije, pero no me creyó ni una letra de eso.

— ¿Me quieres decir acaso que, la fatalidad quiere enredarte de todas maneras con mujeres cuyos nombres tienen, como primeras letras M. E. y... “si no es con la mama, la cosa sigue hasta con las hijas de ellas”? —

preguntó Panchito a su abuelo, completamente estupefacto por la revelación que acababa de escuchar de boca de él—.

— Eso mismo hijo. Lo que tú dices, parece que funciona así. Pero lo más asombroso es el hecho de que ellas se hacen viejas, ellas enferman y mueren, en tanto yo pareciera que no envejeceré ya nunca más. Me he quedado en la edad de un abuelo, como si el tiempo se hubiera suspendido para mí. Como si se hubiera detenido para no andar ni un segundo más, mientras todo a tu rededor pareciera que ves que envejece.

— ¿Y no te acuerdas abuelito, de algo que hayas tomado o comido, o de alguna relación en la que alguna vez hubieras sentido cómo que te apoderas de la juventud de la otra persona?

— Pues... resulta que no. Siento que rejuvenezco cuando a la hora en que amanece, voy a beber el rocío de las rosas o el que se encuentra sólo a esa hora, en las hojas tiernas del capulí, del eucalipto, del saúco, del molle y hasta de las paltas, que ahora fructifican en Cajamarca, pero que antes sólo daban en los valles.

— Ah... si ese es tu secreto, ¿por qué no las has hecho partícipes de ello a las mujeres que amaste y que te amaron también, para así poder vivir junto a ellas hasta el fin de los siglos?

— Si lo hice. Pero no funcionó. Funciona sólo conmigo. No sé, si tenga relación con eso, el hecho de que una madrugada en que fui a saciar mi sed en el puquial de Chontapaccha, una hermosa mujer de pelo castaño y ojos verdes que a esa hora parecía que estaba recogiendo agua, me dijo: “Anda pishguito bebe tu primero, te cedo mi turno, porque yo ya no quiero seguir

viviendo y lo único que deseo es descansar en la paz del Señor”. Esa madrugada era un viernes 24 de junio de un año que ya no recuerdo, y a esa hora la luna llena seguía alumbrando el puquio como una farola. No corría viento y, a pesar de que era época de heladas, la atmósfera se sentía cálida y hasta olía a perfume de rosas. Desde entonces no volví otra vez a encontrar a la dichosa mujer en el puquio, pero como suponía que era una cajacha, comencé a visitar las huertas de la ciudad, dejé mi querido Huacariz para siempre y comencé la tarea de buscarla. Es obvio que no la encontré jamás y, como ahora yo también ya quiero morir, no sólo los 24 de junio sino todos los días del año, me voy al puquio de Chontapaccha para cederle mi turno de beber a alguien y así librarme de este fatal sortilegio. No ha habido en todo este tiempo nunca hasta ahora, una luna que a las cinco y media de la madrugada esté encima de Chontapaccha alumbrando como una farola... y yo sigo vivo y sin envejecer.

— Pero... hay una confusión en todo ese razonamiento tuyo, abuelo. Según tú, es el agua de Chontapaccha, que tomaste la madrugada de ese 24 de junio y que tan gentilmente te cediera esa señora, la que te ha convertido en una especie de pishgo inmortal. Pero, el rocío... ¿qué tiene que ver en toda esta historia?

— Tan triste estuve una noche por la muerte de una de mis esposas que quise morir de la forma que fuera. Pero cuando por fin me quedé dormido, soñé que aquella mujer era el alma del puquial de Chontapaccha y que se había convertido en vapor de agua para subir al cielo, pero el clima frío de la madrugada lo convirtió en rocío y que, si quería morir algún día, tenía que beber todas las gotas de rocío que pudiera. Así, la tendría dentro de mí y me convertiría en un apuesto cajacho y, siendo tal persona, podría ceder mi suerte a alguna otra

persona o a cualquier otro ser que por allí se aparezca. Lo triste ahora es que el puquial, como era antes, ya no existe. La ciudad ha crecido tanto que ahora todo está lleno de casas.

— Entonces, según tu teoría, ¿es el rocío que bebes en la madrugada la causante de la inmortalidad que parece que tienes? Y, tiene sentido, porque en tanto no termines de beberte a la dama esa de los ojos verdes, que cae gota a gota sobre los árboles y las rosas, en forma de rocío, no acabarás la tarea que te permita convertirte en una hermoso cajacho para poder ir a esperar al puquial a quien ha de reemplazarte.

— Parece irreal y fantástico todo eso. Pero es la verdad. En todo este tiempo, he visto y aprendido muchas cosas acerca de ellos. Los cajachos son gente que hasta ahora no ha aprendido a vivir en una ciudad. Para remate de sus males, últimamente la ciudad se ha llenado de la otra gente a la que ellos llaman despectivamente “indios”. Ellos traen de sus pueblos sus propias costumbres. Pero podría decirse que juntos, han convertido a la ciudad en una especie de cementerio viviente. Arrojan su basura al río que pasa por la ciudad y ahora allí no viven ni siquiera los curcules. En lugar de tener calles con veredas bonitas y amplias, tiene lo que diríamos unas veredashas...

“Los cajachos de ahora, ¡todos los cajachos de ahora! — le reiteró don Carmelo a su nieto Panchito— han venido atraídos por algo que la ciudad tiene para ofrecerles y de lo cual carecen sus pueblos de origen. Primero fue el Colegio “San Ramón” lo que los atrajo, luego fue la universidad y últimamente, la Minera Yanacocha. Pero cuando vienen, todos ellos llegan trayendo consigo sus propias costumbres que las practican acá como si estuvieran todavía en su tierra. Ahora hay shilicos que

celebran con cohetes, bombardas, castillos, novenas y todo lo demás, a la Virgen del Carmen y al niño Jesús de Pumarume. Otro tanto hacen los pisadiablos de Cajabamba, los cachablancas de San Pablo, los huauqueños de Sucre, los huacapampinos de José Gálvez, los cutervinos, los sanmarquinos y hasta los puneños, que celebran a su Virgen de la Candelaria con diablada y todo.

Sin embargo, eso no ocurría antes. Cajamarca tenía su fiesta del Corpus Christi, que se desarrollaba íntegra en la plaza de armas —los toldos se levantaban en la parte que queda frente al actual restaurante Salas— y su fiesta de carnavales, que era muy diferente —en su original simplicidad con guitarra y cajón— a cómo es ahora con esas ruidosas tarolas, no se sabe cómo, se ha llenado de una sofisticación que la ha despersonalizado por completo. Baños del Inca por su parte, —que antes estaba “lejos de Cajamarca” — tenía su original fiesta del Huanchaco... ¡y eso era todo, por Dios!

Claro que esa tranquila belleza de antaño, tenía también sus propios bemoles. Por esa época, por ejemplo, la gente del campo que llegaba a comerciar a la ciudad, hacía sus necesidades corporales —ambas— en plena calle. Como las campesinas no tenían que bajarse el calzón porque no usaban esa prenda de vestir —al parecer ahora ya lo usan— orinar les resultaba muy sencillo y, gracias a tal simplicidad, dejaban sus charcos de pichi debajo de sus grandes faldas plisadas de bayeta, para constancia de que para ellas, la tal necesidad la podían realizar incluso paradas y sin ashuyturarse como lo hace todo el mundo de su género. Ese detalle en ellas, precisamente —la de no usar calzón—, facilitó mucho las cosas para que nazcan muchos hijos del “corpus” acá en Cajamarca o del “huanchaco” allá en los Baños del Inca.

Además de esa original y horrorosa costumbre que, en la actualidad, casi ha sido superada por completo, perviven otras no menos preocupantes y odiosas. Por ejemplo, muchos de los cajachos que viven en la parte alta de la ciudad, aprovechan la lluvia —y en Cajamarca llueve con ganas— para arrojar su basura a la calle por donde la escorrentía comienza a discurrir con particular oleaje y bravura, al bajar caudaloso por la gradiente natural de las calles, para acumularse junto a las casas de los que viven en la parte baja, en donde todo eso forma grandes cerros de basura que obstruyen los canales de drenaje del agua de lluvia y, muchas veces, hasta llegan a hacer que colapsen las alcantarillas del desagüe, con todo lo que eso supone.

Otros pobladores —no se sabe si sólo los indios pueblerinos o también los cajachos que se creen “blancos barbados”— como si estuvieran todavía en su pueblo de origen, arrojan a las calles pavimentadas las lavazas de jabón hervido con lo que han aseado su ropa —pudiendo arrojar todo eso al desagüe— supuestamente para asentar el polvo de la calle, en la “infeliz creencia” de que todavía siguen viviendo en sus pueblos de calles polvorientas. Algunos más, construyen sus casas sin techos de teja como era la usanza, y sacan de sus azoteas largos tubos para desaguar la lluvia y así, perforan el pavimento de sus calles.

Hasta donde yo he podido constatarlo personalmente —siguió comentándole don Carmelo a su nieto Panchito— en mis largos años de existencia, Cajamarca fue una ciudad de cajachos y para cajachos, hasta la mitad del Siglo XX. Ya para los años 60, después de muchas reclamaciones y mítines, el Estado creó la Universidad Nacional en su condición de “técnica”. Allí es cuando comienza a hacerse humo, esa Cajamarca antigua y

llena de tradiciones pueblerinas, para iniciar el proceso de su conversión en la urbe cosmopolita que es ahora. Al entrar en funcionamiento la “U”, llegaron gente como los “puchines” de Chepén y Guadalupe, así como mucha gente costeña de Piura, Chiclayo, Pacasmayo, San Pedro de Lloc y Trujillo, sin descontar los que vinieron del interior del departamento.

La ciudad comenzó a crecer a partir de allí y se incrementó este crecimiento, cuando comenzó a construirse la ciudad universitaria en donde actualmente se encuentra. A partir de los años 70, Cajamarca otra vez creció de golpe, a consecuencia de las invasiones de terrenos para viviendas, favorecidas entre gallos y medianoche, por el SINAMOS, organismo especial de Juan Velazco Alvarado que se encargaba de promover la “movilización social”. Algunas de esas “movilizaciones”, no fueron otra cosa que simples confiscaciones de propiedad privada, para repartirla a veces entre los pobres y otras tantas, para entregarlas a los “sapos” que en todos los tiempos se dan por empuzadas.

La tercera oleada de crecimiento de Cajamarca ocurre a partir de los años 90, con la llegada de la Minera Yanacocha. Es la minería la que esta vez origina una gran migración de gente que, atraída por la ilusión de conseguir trabajo en la mina, comenzaron a llegar por bandadas, como llegaban antes las palomas a las eras de trigo o de cebada que había por doquier, en lo que ahora son las urbanizaciones. Llega gente de la Oroya, de Cerro de Pasco, de Huaraz, de Arequipa y hasta del tan sureño Puno, sin mencionar a los incontables trabajadores contratados en Lima, donde Minera Yanacocha tiene oficinas designadas a la captación de su personal. Muchos cajachos prefieren ir a que los recluten allá en Lima, porque acá “dizqué” no hay

vacantes. En fin, así son esas cosas que nadie llega a entender y, tal vez algún día, a las empresas mineras de Lima se les ocurra poner oficinas acá en Cajamarca para captar cajachos para sus minas. Sin embargo, el problema más grave que yo he podido apreciar, es el hecho de que la gente que llega a vivir en Cajamarca ha comenzado a construir “recreos”, otros negocios y sus casas en pleno valle. Dentro de pocos años, la ciudad se habrá unido a los Baños del Inca y al aeropuerto, y entonces, sus grandes invernadas y sus pastizales, sólo serán un recuerdo más en viejos como yo, de la Cajamarca que se fue para no volver jamás.

— Ay abuelo, tu sí que conoces la historia de Cajamarca. No en vano ya has vivido tantos años — comentó Panchito como si reflexionara para sus adentros—.

— Siglos hijo, siglos... —le aclaró don Carmelo a su nieto, y se fue volando sabe Dios a dónde—.

No pasarían ni dos meses de la entrevista con su abuelo, y a Panchito le llegó la noticia de que éste, por fin, había decidido de nuevo tener una compañera, para pasar los “retozones” años de su vejez. Al averiguar quién había sido esta vez la agraciada, se enteró que se llamaba María Esperanza, que era de piel blanca como la leche pero pecosa hasta por las partes más escondidas de su cuerpo, que tenía los ojos verdes y, a diferencia de todas las pishgas que había conocido anteriormente, ésta tenía un par de hermosas piernazas con las que abrigaba a su abuelo, en el viejo capulí del traspatio de la casa de Carlomagno Bazán, donde construyó un nido nuevo y de “material noble”, para no desentonar con las casas que hay en El Ingenio...

EL ALMA EN PENA DEL SIFÓN DE MONTE GRANDE

Era abril del año de mil novecientos sesenta y seis y, según decían aquellos padres de familia que matriculaban a sus hijos cuando ya habían comenzado las clases, los calores sofocantes del verano estaban por acabarse. El mango, fruta estacional que allí se daba muy bien en las incontables huertas y en los bordes de los arrozales, hacía tiempo que ya había desaparecido. Lo único que quedaba en el pueblo todavía, eran las ciruelas del país, a las que les decían “del país” por su color amarillo y para diferenciarlas de las “chilenas” que eran rojísimas, más grandes y más carnosas, pero ácidas como ellas solas; así como, las guabas que parecían de algodón y los “mangos ciruelos”, que destemplaban y hacían rechinar los dientes al primer mordisco.

En Monte Grande, tanto el calor reverberante del verano y la fruta de estación, sabían muy bien que tenían que irse tan pronto llegaran al pueblo las primeras ventiscas frías del mar de Pacasmayo, pero los zancudos siempre perdían la noción del tiempo y se obstinaban tercamente

en seguir allí hasta adoptar como su “tío” a todo el que pudieran, sólo para chuparles inmisericordes un poco de su sangre. Recién se acababan los zancudos picadores más o menos a fines de mayo, pero justo allí era cuando los mosquitos mordedores aparecían, no sólo para hacer de las suyas en los brazos o en cualquier parte descubierta del cuerpo, sino para clavarse en los ojos como kamikases. Nadie podía librarse de ellos y, con el tiempo... se terminaba por aprender a soportarlos y hasta... a no sentirlos.

Tan pronto comenzaron las clases, algunos de esos alumnos inolvidables que siempre los hay en cualquier escuela, como Aramo Rodríguez y Marina Cosamalón, o como Meche Carrasco y Gilmer Chicchón, o como Susana Rodríguez y Susana Payac, con su candorosa sencillez y su gran capacidad de síntesis, no tardaron en ponerme al tanto de todas las historias —buenas y malas— que circulaban por el lugar. Así fue cómo llegué a enterarme, por ejemplo, que:

— “En las noches de luna llena, en el «Sifón» podían escucharse hasta ahora los lamentos del alma en pena de un jovencito de San Pedro de Lloc” —no se acordaban su nombre o nunca llegaron a saberlo— “que vino desde esa tierra de los cañanes (que según ellos eran simple y llanamente lagartijas verdes) sólo para suicidarse, tirándose a las ruedas de acero del vagón de las tres de la tarde que bajaba de Chilete”.

Fueron ellos también, los que me contaron que:

— “En “La Huaca” camino a Tembladera, habían matado de cincuenta y cinco puñaladas a un shilico, sólo para robarle los cinco reales que llevaba encima y que, justo en la subidita que había viniendo de Chungal para coronar la cuesta y divisar Monte Grande, su alma

penaba con la esperanza de chapar allí un alma inocente y poder descansar el sueño eterno, al lado de Dios”.

— “Que los gentiles chupaban las almas de los que se atrevían a profanar sus tumbas en Semana Santa. Que, era por eso y no por otra cosa, que el Pedro estaba tan loco que no podía soltar su “punta de huaquear” y se pasaba de sol a sol, calcinándose el cerebro en el cerro del Gigante, justo arriba de la cancha de fútbol”.

En fin, esos niños sí que eran un mar inacabable de historias y leyendas por demás insólitas y fantasmagóricas como, seguramente, suelen ser los niños de cualquier otro pueblo del Perú, donde la luz eléctrica todavía no llega para espantar a todos los fantasmas, las almas en pena y los aparecidos de ultratumba, que hacen de las suyas aprovechándose de la oscuridad de las noches.

Sin embargo, no dejó de preocuparme el hecho de que en el “Sifón” hubiera un alma que penara por las noches de luna llena, porque era de allí de donde recogía en un balde de zinc, el agua con la cual, muy de mañana y antes de las dos de la tarde, me aseaba los dientes y la cara para ir a la escuela. El “Sifón” era apropiado para ese menester, y gran parte de la gente del pueblo acarrea su agua todos los días, lo mismo que yo; sólo que a mí se me ocurría hacerlo justo por la noche, que es la hora en la que acostumbran “dar una vuelta por el perejil” los espíritus de cualquier lugar.

Por ese detalle y más que todo para no tropezarme con algo inesperado en la oscuridad de la noche, me había comprado una linterna de pilas marca “Eveready” con la cual me alumbraba al tiempo de irme a recoger agua. La señora Maruja, que daba pensión a los maestros que no

teníamos donde alimentarnos con comida casera, chismosita como eran todos en el pueblo, se había percatado de ese detalle y una noche, después de la comida, me advirtió con la buena fe que a ella le caracterizaba:

— “Ah dio” maestro... no vale que se vaya a recoger su agua del “Sifón” cuando ya se ha hecho muy de noche. Mejor le voy a decir a mi William que le recoja el agua, por las tardes. Es muy peligroso “osponerse” yendo al agua cuando ya es tarde, no sea que el “Almita del Sifón” lo asuste y “déahi” pué... ¿cómo lo curamos? —me dijo con una seriedad que me intimidó a creer que estaba diciendo la verdad—.

— A ver cómo está eso del almita del sifón —le dije por decir algo, porque ya bien sabía de qué se trataba esa historia. Mis alumnos me la habían contado, según creía, con lujos de detalles, pero no fue así, según pude comprobar, allí no más por boca de la señora Marujita—

— Ah dio maestro, de eso me acuerdo como si fuera ayer, pero la verdad es que pasó hace mucho tiempo. Dijeron que del vagón de las diez de la mañana se bajó en la estación de Monte Grande, un joven completamente desconocido para todos los de acá. Vestía pantalón de dril azul —de esos que los jóvenes llaman bluejines— y camisa manga larga de franela granate a cuadros azules, como la de los gringos de las películas. Era raro que alguien usara camisa de manga larga en Monte Grande y menos de franela y en verano, por lo que muy pronto hizo notar que venía de algún lugar de la costa, además de que aquí no tenía familia.

Tan pronto como se apeó del vagón, fue a sentarse en uno de los bordes del sifón y durante todo el resto del

día no conversó con nadie. Tampoco buscó donde almorzar y los que lo vieron, dijeron que estuvo allí como ido, ensimismado, meditabundo y pensando en sabe Dios qué cosas.

Hasta que bajó de Chilete el vagón de las tres de la tarde, hizo su escala acostumbrada en la estación, para luego reiniciar su marcha también como de costumbre, despacio primero para después agarrar viada y coger velocidad a la altura del sifón. En ese trance, sin que nadie se percatara, el joven cuyo nombre nadie sabe hasta ahora, se tiró a las ruedas metálicas del vagón y éste lo arrolló, arrastrándolo por más de media cuadra con si fuera un trapo. Cuando por fin su cuerpo quedó libre de las ruedas, estaba totalmente despedazado y convertido en verdaderas piltrafas.

Toda la población de Monte Grande, que en ese tiempo sería de unas mil personas, llegó presurosa hasta donde ocurrió el accidente sólo para verificar hasta qué punto las ruedas metálicas del vagón sobre los rieles del tren, eran capaces de lacerar la carne y hacer picadillo a los huesos de una persona. En eso estuvieron hasta que alguien se espabiló un poco y se apiadó de los restos, comenzando a recogerlos para juntarlos en un solo lugar. Lo último que recogieron ayudándose con una rama de sauce, fueron unos intestinos que estaban esparcidos por los rieles y que unas gallinas estaban picoteando con la intención de tragarlos por trozos.

Como pudieron, recogieron hasta el último pedacito de los restos en una frazada obsequiada por el chino Kcomt y los llevaron hasta un local de la Agencia Municipal que, sólo los domingos, funcionaba como mercado de abastos. Allí, sin otro accesorio ni aditamento fúnebre, lo velaron durante toda esa noche y parte del día siguiente, que fue cuando un grupo de sanpedranos llegaron en

una camioneta pick up, y sin protocolos de ninguna naturaleza, ni mucho menos haciendo algún ritual elemental apropiado para esos casos, agradecieron a los presentes por las atenciones que habían prodigado al difunto y se lo llevaron tal como lo encontraron — envuelto como un atado de chancaca en la frazada— para darle cristiana sepultura en su tierra natal.

— ¿Y cuál habría sido el motivo de tan fatal desenlace? —le pregunté—.

— Ah dio maestro... eso se supo algún tiempo después. El pobre joven no pudo tener paz en su conciencia y, finalmente, el remordimiento le orilló a suicidarse de la forma, en que lo hizo. Dicen que, en un arranque de locura mató primero a la mujer de la que estaba perdidamente enamorado y luego a su madre.

— Pero... ¿y cómo llegó a hacer tan terribles cosas?

— Dicen que en su tierra, o mejor dicho en San Pedro de Lloc, vivía una mujer muy hermosa de quien el difuntito quedó prendado hasta los límites de la desesperación. ¿Qué hombre no hubiera querido casarse con ella? Al parecer no había varón que, habiéndose aparecido por esos predios, no hubiera sucumbido ante sus encantos. Pero ella... según dicen, era muy togadaza. Se le metió en la cabeza que tenía que irse a vivir a Lima y que allí, podría conseguir lo que siempre había soñado —como sueñan casi todas las mujeres—: un hombre moreno, alto, de ojos verdes y que la quisiera mucho.

Cuentan que antes de viajar, le pidió a la madre del difunto que le consiguiera una docena de cañanes, con los que pensaba preparar un sudadito y agasajar con eso a sus parientes en Lima y que dicha señora se los

consiguió haciendo que su hijo los cazara a jebazos en el algarrobal. Luego de beneficiarlos convenientemente, le envió el encargo con su propio hijo, que ese año había terminado la secundaria en el Colegio Andrés Rázuri y que por encontrarse en la flor de la adolescencia, estaba mejor que mango madurado en planta.

Nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que ocurrió en esa famosa entrega en mano propia de los cañanes pelados. Lo cierto es que el difuntito se enamoró perdidamente de ella. ¿Qué si le correspondió doña Josefina? Eso, paqué pué, tampoco nadie lo sabe. Pero dicen que para el muchacho, ella ya estaba bastante. Por ahí dicen también que se dieron una buena encamada y que eso fue lo que realmente alocó al difuntito. Fijese pué, a esa edad y encamarse con tremendo mujerón... y encima, hacer lo que nadie había podido hasta ese momento.

Pero ella, pasado el gusto, sin importarle los sentimientos del muchacho, cumplió con irse a conseguir el hombre moreno, alto y de ojos verdes, con el que tanto había estado soñando todo el tiempo que tardó en convertirse en medio solterona, ya que según ella, en Lima tenía que haber por lo menos uno. Parece que sí consiguió el hombre de sus sueños, pero eso de que la quisiera mucho... ah dio maestro, ná que ver.

Dicen que después de pasados los amoríos y arrumacos de las primeras semanas y cuando ya no tuvieron qué comer, porque se habían gastado toda la plata que ella había llevado de San Pedro de Lloc, su buen mozo no se sabe cómo, pero... la convenció para que se iniciara en el negocio más antiguo del mundo y, encima, la puso a trabajar en el Jirón Huatica, allí por donde dicen que ahora queda la Parada y a donde se iban los limeños a buscar el amor que se puede comprar con un poco de dinero.

Ah dio maestro... dicen que en el cuarto de la Fina, hacían los hombres unas colas más largas que las que se hacían para comprar arroz por esa misma época y... que ganó mucha plata, pero que el maridito que tenía se lo quitaba ahí no más no sé con qué engaños. Hasta que la pobre resultó embarazada y encima no llegó a saber jamás si el hijo que esperaba era de su marido oficial o de alguno de los que le compraban diez minutos de amor.

Sobre eso, para empeorar sus males, había contraído sífilis, y tampoco supo si lo había contraído de su marido oficial o de alguno de los parroquianos que la frecuentaban noche a noche. Cuando ya no pudo trabajar por la panza y por la enfermedad, el maridazo que se había conseguido en Lima la echó del cuarto donde vivían y sólo le dio lo suficiente para que compre su pasaje en la empresa Norandino y se regrese a San Pedro de Lloc tan pronto como pudiera.

Para el difuntito la llegada de su Josefina a San Pedro fue una alegría sin nombre. De inmediato fue a verla, pero como ella ya no quiso estar con él para no contagiarle la terrible enfermedad que había contraído en Lima, a él eso le pareció el más grande castigo y después de una agria discusión la ahorcó con sus propias manos.

Al regresar a su casa, le contó lo que acababa de hacer a su madre y, cómo ella le dijo con mucha firmeza que si él no se presentaba voluntariamente a la policía, ella misma lo iba a entregar, loco como estaba, cogió el cuchillo de cocina y apuñaló a su madre, quedándose en un estado casi de inconsciencia hasta el día siguiente en que, al darse cuenta de la gravedad de lo que acababa

de hacer, se fue a la estación y tomó el vagón para Chilete...

¡Tenía que acabar ese mismo día con su miserable existencia!... Lo que no sabía era dónde. Al llegar a Monte Grande, el Sifón fue para él, algo que le gritó que ahí tenía que hacerlo. Y allí lo hizo. Se mató el pobrecito. Ya usted sabe los detalles...

Ah dio maestro, pero su alma no encontró la paz ni el sosiego que esperaba conseguir con la muerte. Y por eso sigue penando durante las noches. Lloro lastimeramente y quien llega a escucharlo, pa que ya pué, se va pa'l otro lado sin mayor trámite. Por eso le digo maestrito, de buena fe, no se osponga a recibir el mal...

Esa noche no pude dormir hasta muy tarde. El relato me perseguía por cada uno de los recovecos de mis recuerdos y la voz de la señora Marujita repicaba en mis oídos como un sonsonete. Cuando por fin logré dormirme, seguramente serían las cinco de la mañana y mi sueño, como era de esperarse no duró lo suficiente, ya que a las siete, tuve que levantarme para asearme, preparar mis clases e ir a la escuela.

Don Ernesto Alva Chiclote, al que la gente de Monte Grande se refería simplemente como “don Alva Che”, era el Director de la escuela y por ese entonces ya se había hecho adventista, después de haber hecho añicos a su juventud en farras y parrandas. Mucho mayor que yo, era tan mayor que, según me parecía, debió de haberse ya jubilado hacía un buen tiempo, al verme ojeroso y demacrado, entre preocupado y divertido me dijo:

— Ah caramba con los jóvenes de hoy. Parece que anoche se ha dado usted su buena turquita... profesor.

— Qué bueno si sería por eso, don Ernesto. Anoche la señora Marujita me contó con lujo de detalles esa historia del sanpedrano ese que se suicidó en el sifón, justo enfrente de su casa.

— De que se suicidó... es tan cierto como que ahora es lunes, pero eso de que por allí pena, puras patrañas, profesor. Yo le recomiendo que para fortalecer su espíritu, frente a ese tipo de cosas, deje usted la religión católica y entre a la adventista, que es la religión verdadera. Nosotros no admitimos esa clase de historias.

— Todas las religiones don Ernesto, según tengo entendido, persiguen lo mismo —le contesté respetuosamente, pero tratando de recusar lo dicho por él— porque todas sin excepción, aspiran que las personas sean honestas y que practiquen el bien allí donde estuvieran. Yo hago eso hasta donde es posible, pero eso de dar el diezmo me parece un abuso, porque los pastores con eso viven como verdaderos kaisers.

— En la Biblia está eso. Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, lo dijo el mismo Jesucristo. En eso consiste la verdadera caridad y tenerlo presente, ennoblece al hombre.

— Bueno, allá usted si quiere dar su diezmo, total, es cosa suya, pero yo... prefiero destinar esa parte de mis ingresos a la educación de mis hijos y la mantención de mi familia. Si con lo que gano apenas me alcanza para ese propósito, mochando de mi sueldo el diez por ciento, ya me imagino cómo sería... y encima, para que el pastor se dé la gran vida...

— Uno se acostumbra a todo eso profesor. Pero como usted dice, cada quien debe hacer lo que mejor

crea conveniente. En eso consiste el libre albedrío ¿no le parece?

— Por supuesto, señor Director. Además, yo me quedo donde estoy, porque eso de estar como saltaperico, no me parece una buena idea. Sin embargo, le propongo algo: mire, si usted deja de ser aprista yo me hago adventista.

— Mejor, como lo que usted dice me parece correcto, ahí queda lo dicho. Otro día, de repente usted se anima... pero, no crea esas historias que cuenta doña Marujita. A ver, a ver... pero para que se disipen todas esas cosas de su cabeza, hoy en la tarde podemos ir a visitar a don Lorencito Chico y él le va a contar el otro lado de esta misma historia, ya verá...

Claro que don Lorencito Chico despejó todas mis dudas sobre el alma en pena del sifón. Y... ¡de qué manera lo hizo! Sólo que, tuve que aplicar la prueba esa de “fuera de los nueves” de la suma a todo lo dicho por él, para que quede sólo lo que podría catalogarse como algo verosímil en todo lo que me contó.

Don Lorencito tenía sus chacras de arroz en Los Leones, centro poblado mucho menos nucleado y de menor población que Monte Grande. Un día que le tocó regar a las seis de la mañana, escopeta al hombro, se fue para su chacra a las cinco de la madrugada, siguiendo la vía del tren. Pero al igual que él, la línea del teléfono también seguía estos mismos rieles. Tan pronto como pasó el sifón, no menos de treinta y dos palomas estaban esperándolo en fila, paradas sobre la línea del teléfono.

— Ay carajo —dijo entonces muy alegre don Lorencito— hoy voy a desayunar palomas fritas y con lo

que sobre, le diré a mi mujer que prepare un tallarín de pichones.

Agarró su escopeta abancarga y apuntó... pero al querer disparar se dio cuenta de que la maldita escopeta no estaba cargada. Entonces, buscó en su capachera lo necesario para cargarla. Todo lo necesario encontró allí: pólvora, fulminante y yesca de madera, pero munición no había ni para remedio. Entonces, no le quedó otra que meter la baqueta por el cañón de la escopeta para que le sirva de munición, hecho eso, apuntó y...disparó.

— Pummm —el disparo retumbó en mil ecos por las hondonadas que forma el río Jequetepeque por esas tierras que ahora constituyen los dominios de la represa del Gallito Ciego. Luego se fue a recoger su baqueta en las que estaban ensartadas como anticuchos treinta y dos palomas—.

Ese día en el desayuno, don Lorencito no pudo comer más que tres palomas fritas, con las riquísimas yucas que él mismo sacó de su chacra y sancochó en su fogón de leña, las veintinueve que le sobraron las peló convenientemente, las ensartó como si fueran cascafes o lifes en una ramilla de sauce, y se regresó orondo a su casa. Pero, al llegar, lo que no le gustó fue que su mujer renegara por haber traído esa enorme cantidad de palomas, sabiendo que... no disponían de refrigeradora para guardarlas.

Lo de esas palomas ocurrió cerca de las seis de la mañana, o sea, cuando el sol comenzaba a alumbrar por el cerro Pitura, porque le tocó regar a esa hora. Pero otro día su turno de riego fue a partir de la una de la madrugada, lo que suponía irse a la chacra a las doce de la noche y ese detalle no le gustó, porque tenía que pasar por el sifón donde sabía que penaba el almita del

difuntito de San Pedro de Lloc. Pero haciendo de tripas corazón y en la creencia de que la luna llena le iba ayudar con la iluminación del camino, agarró su escopeta, la puso en bandolera y se fue para su chacra por los rieles, un poco asustado pero con la firme determinación de no perder su turno de riego... qué caracho.

Ya estaba pasando el sifón cuando por allí, pero sin saber a ciencia cierta dónde, escuchó el famoso lamento del almita del suicidado de San Pedro de Lloc. Se paró en seco, más de miedo que por curiosidad, sintiendo que sus piernas se ponían más pesadas que el plomo y que la boca se le secaba peor que si hubiera estado atravesando, a pie y sin agua, el desierto que hay entre San Pedro de Lloc y Paiján. Para remates, los pelos de la cabeza y de las otras partes de su cuerpo, se le pararon como si hubieran recibido una dosis especial de guanarpo, ya que el “biagra” todavía no se conocía.

— Qué carajo, a mí no me asusta esta almita así no más. Ahorita le meto un plomazo por donde pueda y... ¡a ver qué pasa! —Y empuñó su escopeta y apuntó a la nada, sabía muy bien que esta vez la tenía cargada con perdigones tan grandes como las alverjas de su chacra y estaban buenazas como para matar a un venado... pero más que todo, el acero del cañón le devolvió la calma que casi había perdido—.

En eso escuchó otra vez el lamento ese tan lastimero que había oído hacía poquito. Envalentonado con el poder que da el hecho de tener una escopeta en las manos, se fue acercando hasta el lugar desde donde procedía el lamento: justo debajo del sifón, en el lado del sequión que daba a la chacra de don Jorge Ortiz. Eso era ya un alivio, porque el difuntito se había tirado a los rieles por el otro lado y ni modo que tuviera que buscar otro sitio

para penar. Buscó la linterna que siempre andaba en su capachera y alumbró...

Allí estaba el alma en pena del sifón... defecando. ¡Qué alma ni que ocho cuartos!, —se dijo entonces para sí don Lorencito—. Lo que siempre había asustado a los montegrandinos, en realidad... carajo, no era un alma en pena sino un lobo de río que había descubierto que, en la parte baja del sifón que pasa justo debajo de los rieles, había siempre abundante pescado: sarras, plateados, charcocas y alguno que otro lifecito, del cual él animalito se alimentaba. “Como es obvio, con una dieta a base de pescado, defecar espinas ha de ser todo un suplicio”... se dijo finalmente para sus adentros.

Pero ¿cuál de estas historias sería verídica? Don Lorencito Chico era el más grande mentiroso que tenía Monte Grande y en eso, la señora Marujita le quedaba chiquita. Su fama de mentirosillo, de subida, llegaba hasta Chilete, pasando por Chungal, Tembladera, Yonán, Yatahual, Quindén, Yubed, Salitre, Llallán y La Mónica... y de bajada, esa misma fama llegaba hasta el mismísimo San Pedro de Lloc, pasando por Los Leones, Gallito Ciego, Pay Pay, Tolón, Limoncarro y Pacasmayo.

De lo que no puede existir duda alguna, es del hecho que don Lorencito Chico y el almita del difuntito de San Pedro de Lloc, junto con ese hermoso y pintoresco pueblo de Monte Grande, descansan ahora debajo de una inmensidad de metros cúbicos de aguas azules como el cielo, en lo que ahora es la gigantesca represa del Gallito Ciego, que es la causante de que los camarones del Jequetepeque no lleguen hasta Tembladera, que lo tiene como símbolo en su escudo de armas.

EL BAUTIZO DEL MORO.

— Y no se hable más de este asunto. ¡A este “morito” lo bautizamos cuando ustedes digan! — sentenció el padre Lorenzo Vigo, a tiempo de terminar su taza de “café de habas y cebada”, que doña Carolina Aliaga tostaba en su tiesto de barro y molía tan diligentemente en su molinillo de marca “Corona”, allá en su casa de las Cinco Esquinas N° 769, según decía muy segura de sí misma, “para que a nadie le caiga mal la cafeína”—.

— Entonces, quedamos en eso padrecito. Usted bautiza a este “moro muncha” mañana a las ocho en punto de la mañana, aprovechando que por fin, ha aceptado bautizarse. Porque, verá usted padrecito, ¿acaso pues, ha querido aceptar que lo bauticemos? — aclaró por su parte doña Elsa Escalante, como queriendo dejar establecido que el bautizo tenía que hacerse lo más pronto posible—.

— A las ocho en punto no será Elsita —corrigió el padre Lorenzo Vigo— porque a esa hora estoy tomando todavía mi desayuno, después de hacer la misa de siete, que la hago en ayunas. Más seguro, a partir de las nueve de la mañana —corroboró el cura—.

— Que sea entonces a las nueve de la mañana, padrecito —corroboró a su vez Elsa, calculando que, haciendo el bautizo a las nueve, habría tiempo más que suficiente para que el nuevo bautizado saque una copia de la partida de bautizo y, antes que se cierren las inscripciones para la admisión, ir a inscribirse a la Escuela Normal, que quedaba al otro lado de Cajamarca—.

El bautizo se realizó a las nueve de la mañana en punto, en la antigua Iglesia de “San Pedro” y la ofició un padre Lorenzo Vigo jovencito, como Dios manda y... hasta con monaguillo. Como padrinos del “moro” asistieron en “traje de luces, bien bañados y perfumados”, doña Elsa Escalante y el “chocho” Elías Horna, su padre, en calidad de padrinos.

Terminada la ceremonia, que resultó espectacular, porque el padre Lorenzo Vigo explicó con lujo de detalles y fundamentos, el significado de cada uno de los pasos del ritual, no sin antes agradecerle como Dios manda y corresponde —dejando antes una buena limosna para la construcción de la nueva iglesia que el padre Vigo tenía proyectada— todos hicieron la finta de retirarse con ademanes de estar sumamente complacidos y, sobre todo, muy agradecidos, por el inmenso favor recibido, lo cual era del todo cierto. El “muncha” si no era bautizado ese día, no habría llegado a inscribirse para el examen de ingreso a la Normal.

Después de transcurrida un poco más de media hora, el “moro” que había dejado de ser moro por obra y gracia del bautizo, fue a la sacristía a sacar una copia de la flamante partida. Jamás ese trámite burocrático se hizo con tanta premura y eficiencia. En menos que canta un gallo, la encargada de expedir partidas la tuvo lista, faltando sólo la firma del párroco para estar finiquitada.

Con ese fin, el documento pasó al despacho privado del Sr. Cura, pero éste en lugar de firmarlo como solía ocurrir siempre, la retuvo para leerla y releerla y para, finalmente, hacer este comentario:

— Ya me la estaba oliendo, el “moro” que acabo de bautizar... ¡por Dios que no era tan “moro”! —luego, agregó como quien pregunta— ¿allí está el joven que “dizqué era moro”?

— Si padrecito, allí está esperando que le entreguen su partida.

— Que pase, quiero hablar con ese “moro” bamba.

— Pase joven, el padrecito Lorenzo quiere hablar con usted.

Alfredo Izaguirre pasó al privado del cura, tratando de pensar muy rápidamente qué podía decirle, sobre lo de su reciente bautizo. Cómo este tipo de cosas tienen que decidirse con mucha rapidez, decidió decirle al cura la purita verdad. Total, el que dice la verdad no miente, y si es un pecado grave eso de bautizarse dos veces, el mismo cura tendría que indicarle qué es lo que tendría que hacer para lograr ser absuelto.

Al ver al “moro muncha” que hacía su ingreso más fresco que una lechuga, como si no hubiera matado ni una mosca, el curita repensó lo que le iba a decir y le habló de esta manera:

— A ver Alfredo, siéntate que vamos a conversar. Fíjate que me convencieron muy facilito para bautizarte, y eso que yo soy un hueso muy duro de roer. Primero, me habló tu tía Elsita. Que es una bellísima persona, por cierto. Luego, bien aleccionada, me habló su mamá,

doña Caruchita, sobre lo mismo, y después, hasta el mismísimo don Elías Horna abogó porque, ya que habías aceptado bautizarte, yo lo hiciera lo más pronto posible, antes de que te desanimas. Me dijeron que te habías criado hasta los doce años en tu pueblo de la selva y que tu abuelita, con la que habías vivido hasta esa edad, por ser evangelista, nunca te había hecho bautizar en la Iglesia Católica. Fíjate pues hombre, todos, gente muy respetable para mí, han ideado y han ejecutado esta conspiración. Recién acabo de comprender que así es como deben hacerse las conspiraciones políticas y de estado, y ni que decir, esas conspiraciones religiosas por las que salen elegidos los obispos, los cardenales y hasta el Papa...

Hubiera seguido hablando sobre lo mismo, pero Alfredo Izaguirre haciéndose el tonto, le interrumpió para preguntarle:

— ¿De qué conspiración está hablando padrecito?

— De qué va a ser pues hombre. De la forma cómo, ha conspirado tu familia para hacerme creer que eras “moro” y... para bautizarte por segunda vez. Y yo caí redondito en ella. ¡Caramba hombre!, ¿cómo no me puse a pensar un poco más? ¿Desde un principio ha estado claro que, lo que tu necesitabas era una partida para poder inscribirte en la Escuela Normal. Y hoy, justamente es el último día para poder hacerlo... ¿no es cierto?

— La verdad... la verdad padrecito... eso que usted dice, es la pura verdad —le contestó Alfredo, francamente arrepentido de lo que acababa de hacer—. Verá padrecito, ¿que si me acuerdo haberme bautizado en Moyobamba?, ¡claro que sí! Incluso me acuerdo lo que ocurrió en la ceremonia. Cómo no voy a acordarme de la ceremonia pues Padre. Fíjese que en ella, mi primo

Juanito, con la vela que le dio el mismo cura, le quemó esa especie de fustán con blondas que se ponen los curas para esta clase de ceremonias.

— Qué es eso de llamar “fustán con blondas” a los atavíos propios del ritual católico, pues Alfredo. Tu sí que eres un condenado canijo, Alfredo. Pero... ¡vamos a ser amigos! ¿No te parece? Cuando, hay una buena causa, creo que no hay pecado. Finalmente, seguramente vas a ser una buena persona toda tu vida. Muy pocos reciben el sagrado sacramento del bautizo dos veces en su vida.

— No se preocupe por eso padrecito —le contestó Alfredo— ¡tenga usted la seguridad que no le voy a fallar!

— Bueno, bueno... como verás, esto ya pasó, hombre de Dios —dijo el padre Lorenzo Vigo, más tranquilo de conciencia— ¿Pero, cómo se les ocurrió eso de que para solucionar tu problema de inscripción en la Normal, tenías que bautizarte de nuevo? Francamente que a mí, me parece una salida muy ingeniosa. Pero no veo que esa clase de cosas se les ocurra a la gente así de repente, porque sí y como algo natural. Debe haber habido una búsqueda larga y ésta fue la última salida de este caso.

— Cierta padrecito —se apresuró a responderle Alfredo y... un poco más sereno después de tamaño apuro, aclaró— verá usted padrecito, como mi partida de nacimiento tiene que ser expedida en Calzada, que es un distrito de Moyobamba, hace ya algún tiempo que le escribí a mi tío Demetrio, un hermano de mi mamá que vive allá, para pedirle que me envíe una copia de esa dichosa partida. Eso se tiene que hacer por correo porque no hay otra forma. La única vía de comunicarse

con la selva es por correo o por avión, pero comunicarse por avión cuesta mucha plata y usted comprenderá... Bueno, lo peor del caso es que hasta la fecha no ha llegado la partida y ahora es el último día para poder inscribirme. Así que mi tía Elsa, que es prima de mi madre, le ofreció hablar con usted.

— Has de saber que tu tía Elsa no ha hablado conmigo sobre este asunto. Imagino que ella sola, ha sacado la conclusión de que yo no le iba a aceptar este “favorcillo” —le contestó el Padre Lorenzo Vigo—.

— Si padre, eso es más que seguro. La única copia que tenía de mi partida se ha traspapelado en el Colegio “San Ramón” en donde, tuve que presentarla para lograr mi traslado de Moyobamba. Ahora, después de tanto esperar una partida que no termina de llegar por el correo, fui a hablar con el Hermano Director de la Normal, para ver si me aceptaba inscribirme sin ella, con cargo a presentarla tan pronto la reciba. Pero el hermano me ha dicho que eso no es posible, porque cómo estaban las becas en juego, era presumible que alguien pida alguna revisión y podría descubrirse que mi expediente está incompleto, y eso sería un escándalo para ellos. Finalmente, fue él quien me dio la idea de bautizarme, porque suponía que, como había venido de la selva, yo no estaría bautizado... “Pero hombre, para mí tu problema tiene arreglo, bautízate... y saca tu partida de bautismo que, para estas cosas, igual vale”, eso me dijo el hermano y... bueno, eso es lo que estamos haciendo padrecito, usted perdone.

— Fíjate lo que me estás diciendo. Ahora me quieres hacer creer que el Hermano Victorino Elorz es quién, te ha dado la idea de bautizarte de nuevo, sólo con fines de obtener una partida y poder inscribirte.

— No padre, seguramente que el Hermano Victorino, igual que mucha gente que se conoce, cree que en la selva uno anda sólo con taparrabo o cubierto con plumas y, entre otras cosas, que no existe todavía la costumbre de bautizarse, lo cual, como usted y yo sabemos, no es así. ¿No es cierto padre? Pero... en realidad, de esa conversación salió la idea... y mi tía Elsitita es la que más ha ayudado en eso.

— No sigas mintiendo ya, hombre de Dios. Para mí... que ha habido toda una bien organizada conspiración en torno a este asunto y todita tu familia ha estado metida de cabeza en él. Fíjate que, primero, me han invitado un lonchecito, para hacerme probar dizqué el café de habas que sabe hacer tu tía Carucha, junto con esos ricos panes shilicos, hechos en casa también por ella, con la mostrada del horno donde los hacen y todo... El esposo de doña Caruchita, tu tío: el “Chocho” Elías, por su parte, ¡quien lo creyera!, me ha hecho probar el vino ese que fabrica con la miel de abeja de sus propios panales, además de obsequiarme los mejores higos que he probado en mi vida y que los jaló en ese momento de las plantas de su huerta... sólo para después pedirme que “ojalá pudiera contribuir a que dejes de ser moro”. ¿Te imaginas? ¿Y yo, cómo me iba a negar a eso, si bautizar a “moros” es, justamente, lo que me corresponde hacer por obligación? Pero a moros de verdad ¡pues hijo!, no a moros bambas como tú.

Hubiera seguido hablando no sé qué cosas más. Hubiera seguido renegando y hasta apostrofando otro poco más, sobre el engaño en el que acaba de participar, inocentemente, según decía, porque la familia de Alfredo Izaguirre, al que acababa de bautizar, había desarrollado toda una conspiración en su contra, para hacerlo caer redondo en una farsa bien organizada, sólo para que éste pudiera postular a una beca en la Escuela Normal

de Cajamarca o, por lo menos, intentar ingresar allí aunque sea como pagante. Sin embargo, seguramente que, en ese mismo momento bajaría el Espíritu Santo para darle el sosiego que su alma estaba pidiendo a gritos, después de lo cual, muy calmado y dueño de sí mismo, le dijo a Alfredo:

— Bueno pues hombre de Dios, la cosa ya está hecha. No es nada bueno ponerse a llorar sobre la leche derramada. Con dos bautizos, tú tienes la obligación, de ser mejor que los demás. Me tienes que prometer por lo menos eso... o no te entrego la dichosa partida...

— No se preocupe padrecito por eso —se apresuró a decirle Alfredo Izaguirre— no sólo eso le prometo. Yo le juro por Dios que...

— ¡Qué es eso de jurar el nombre de Dios en vano y enfrente de mis narices! —le interrumpió enérgicamente el padre Lorenzo— ¡lo que tengas que decir, dilo pero sin nombrar a Dios en vano!

— Le quería jurar padrecito que... por Dios tiene que ser pues... que el día que yo me case, lo haré ante usted y en esta Iglesia. Y también, que bautizaré a todos a mis hijos aquí, con usted...

— Dios te oiga, hijo. Aunque ya son muchas promesas juntas. Toma tu partida y corre a inscribirte. Y que Dios te bendiga.

Tres años más tarde, y un día antes de recibir su título de profesor en la ceremonia de costumbre que la Escuela Normal hacía para esos casos, Alfredo Izaguirre contraería matrimonio con la mujer que le acompañaría toda su vida. Y después de eso, cada año y durante tres años seguidos, bautizó a sus tres primeros hijos. Ante tanta productividad, el padre Lorenzo Vigo le dijo:

— Oye Alfredo, está bien que seas hombre que cumple sus promesas, pero estaría mejor que no lo hagas tan apuradamente. Hay toda una vida por delante hijo...

Y Alfredo le hizo caso. Ya no bautizó más hijos a razón de uno por año. Para su cuarto vástago, que fue mujercita como sus dos primeras hijas, se tardó cinco años, pero ésta vez, el Padre Lorenzo Vigo, llamándole a un ladito después de la ceremonia, le dijo en secreto que, en lugar de Rossana, como era el nombre con el que bautizó a la niña, su cuarta hija debió llamarse “Descuido”...

EL GATO MARAÑOSO

Mi “compañero de carpeta” —para referirme a él de alguna manera simpática, por el simple hecho de que trabajaba a mi lado en una sala grande del pabellón B del Ministerio de Educación, acondicionada por la Dirección de Educación Secundaria para albergar a los especialistas de currículo— sin aviso alguno comenzó a “espantar” al Gato Marañoso con palabras por demás inusitadas para mí hasta ese entonces, por no comprender su significado. El caso era que él estaba tratando de impedirle acercarse hasta un grupo de chicas —todas ellas chibolas, hermosas y tintineantes como campanitas de cristal— que trabajaban a nuestra espalda.

Posiblemente nadie pueda entender lo de “trabajaban a nuestra espalda” si no se aclara bien la situación. Resulta que en el salón de los especialistas de currículo, acondicionaron unos módulos similares a los de las casetas para computadores de los establecimientos de servicios de Internet, que existen ahora en la mayoría de los pueblos del Perú y que nosotros teníamos adosadas a las paredes para hacer nuestras cosas, en razón de lo cual teníamos que trabajar mirando a la pared y dando

la espalda a un grupo de tres chicas recientemente contratadas para realizar acciones de apoyo administrativo, que tenían que laborar en sendos escritorios o bufetes tanto o más clásicos como esos que existían antes en el local del Ministerio de Educación de la intersección de la Avenida Nicolás de Piérola con la Avenida Abancay... ese mismo “localote” que ahora es sólo “una partecita” del Poder Judicial que, según parece, crece casi al mismo ritmo de la corrupción en el Perú, y... como dice mucha gente: “por las puras alverjas”.

Según el “compañero de carpeta” —que, por si las moscas, se llama Juliano como el apóstata aquel de la Edad Media— había que impedir a toda costa que el “Gato Marañoso” se acercara a ellas para evitar que caigan en sus afiladas garritas de conquistador de mujeres, supuestamente ingenuas e ignorantes de sus habilidades donjuanescas, al haber verificado en muchas oportunidades, que le gustaba hacer “chapa candado” con las manos de las que llegaban a sentarse a su lado, en la hora de los almuerzos que hacíamos para festejar algún cumpleaños de los compañeros de trabajo.

Por mi parte, conocí al “Gato Marañoso” cuando tuve que desarrollar un Proyecto en el Instituto Superior Pedagógico “Victorino Elorz Goicoechea” de Cajamarca en el año de 1998, o sea en el siglo pasado ni más ni menos, aunque él crea que es todavía chibolito y uno de los más preclaros representantes de este tercer milenio.

El Director del Instituto, que a la postre era el ganador del último concurso para cubrir plazas de Directores en los Institutos Superiores del país, me había recibido algo así como una herencia del Director anterior, con quien yo había negociado mi contrato, al concluirse ese año las acciones del “Proyecto de Educación Ambiental en

Formación Magisterial” que estuvo financiando la Cooperación Suiza hasta ese año.

Como la camioneta Toyota Land Cruisser que tenía a mi cargo, tuvo que ser transferida a uno de los Institutos Superiores Pedagógicos participantes en el mencionado proyecto, al Director anterior no le pareció mala idea negociarla a cambio de contratarme ese año con cargo a los recursos propios de la Institución. El “Gato Marañoso” del inicio de esta historia era allí, en ese Instituto, Profesor Estable de Lengua y Literatura. Obviamente nadie hubiera imaginado que más tarde se convertiría en el “gato marrullero” que es ahora y encima “marañoso”, que ahora tenía como apelativo merecidamente puesto.

Allá en Cajamarca, seguramente, que también era marañoso, pero el chaplín todavía no se lo había endilgado nadie. Como profesor estable tenía sí, a su disposición, junto con los otros profesores de aquella especialidad, un ambiente en el segundo piso del local, que era mucho más grande y espacioso que el que me asignaron a mí y al resto de profesionales que íbamos a ejecutar el proyecto de instalar y poner en funcionamiento un Sistema Agro Ecológico Escolar o “SAE”, como lo llamábamos en nuestra jerga.

El SAE, constituía la culminación de una propuesta curricular para áreas rurales diseñada anteriormente para la educación rural del país, que la Cooperación Suiza había preferido ampliar el financiamiento para tratar de institucionalizarlo como parte de la formación profesional de los futuros maestros, en vista de que el Ministerio de Educación de la época del tristemente célebre Alberto Fujimori, simplemente archivó los programas de “Educación Forestal” y de “Educación Ecológica” que anteriormente se le entregaran una vez

experimentados y validados, con resolución ministerial de aprobación y todo.

En este nuevo ambiente del Ministerio de Educación, como especialista de currículo, el “Gato Marañoso” era por demás eficiente. Disponía para esos menesteres de una gran capacidad de síntesis y de vasta experiencia, porque en eso de promocionar propuestas curriculares ya llevaba más de cuatro años bien chambeados que databan desde la época de apogeo del ex Presidente Fujimori, en la que a él se le ocurrió poner de Viceministro de Gestión Pedagógica a una japonesita diminuta que muy pocas personas llegaron a enterarse siquiera que su apellido paterno era “Gago”, porque hablaba muy poco y comía otro tanto —a veces sólo una tacita de té con dos galletas de soda— y que, por ser profesional en estadística, dejó trabajar a los pedagogos del Ministerio de Educación casi en completa libertad para construir propuestas curriculares constructivistas que, dígame de paso, continuaron en la misma onda de querer que los estudiantes aprendan contenidos —para que más tarde los olviden sin remedio— sólo que esta vez eran conceptuales, procedimentales y actitudinales pero que, seguían siendo contenidos igual que en las épocas de mayor furor del conductismo.

Cuando llegué al Ministerio, por lo tanto, el “Gato Marañoso” ya llevaba bastante camino recorrido en eso de promover currículos, sólo que la novedad de ese año fue, justamente, que se comenzó la experimentación de un currículo estructurado en función del desarrollo de capacidades en los estudiantes de educación secundaria, junto con la reiterada intención de continuar trabajando por la instauración de valores mediante la práctica de actitudes. Para mi suerte, yo no había estado trabajando nunca con currículos por competencias, lo cual me alivió la tarea de

despercudirme de ellas y que, al parecer, resultó muy complejo de hacer para muchos de los profesores y hasta para algunos especialistas del Ministerio.

La vez que viajamos juntos a Tarapoto, él como coordinador académico y yo como encargado de los fondos a gastarse en el taller, fue cuando nos conocimos mejor. Dudo mucho que en la época en que fuimos vecinos en el ISP “Victorino Elorz” de Cajamarca, habríamos podido entablar una amistad como la que existe entre nosotros actualmente, ensimismados como estábamos, en realizar cada quien el trabajo que le cupo hacer en ese momento. Yo mi proyecto agro ecológico y él sus actividades de enseñanza de la comunicación.

Tarapoto, como todo el mundo sabe, es una tierra caliente y calurosa. Eso se siente ni bien se pone un pie en tierra al bajarse del avión, ya que es en ese momento que, justamente, se siente en vivo y en directo que es una tierra caliente de verdad, porque un resuello de dragón se le sube a uno desde la planta de los pies hasta todo el cuerpo, como queriendo volatilizarnos en vahos de sudoraciones que se evaporan tan pronto aparecen como gotas de lluvia por toda la piel. Sobre esa sensación, ni hablar de que además de caliente sea calurosa también, de verdad, porque eso sale a luz desde que se comienza a conversar con una gente que nos trata de “tu” como si siempre nos hubiera conocido, tan pronto se conversa con ella.

Allí en esa tierra trashumante, cuando por fin quedamos libres del trabajo para el que fuimos comisionados, acordamos ir de visita a la “Banda del Shilkayo”. Allí, hasta donde puedo recordar, mi sorpresa resultó inenarrable, cuando no menos de 36 pequeñines, todos con la “carabina” del “Gato Marañoso”, comenzaron a tratar de tocar con sus deditos de alfeñique y con una

desesperación inaudita, donde pudieran, el sudoroso cuerpo del “Gato”, amenazándolo con sus miradas de choloque, negar cualquier relación de parentesco sanguíneo directo que éste pudiera tener con ellos.

Yo, mientras tanto, no me podía explicar cómo una persona en unas cuantas visitas anuales, podía ser capaz de hacer tanta familia junta. Él, por su parte, dice que cualquier parecido que pudiera tener con ellos es pura y simple coincidencia. Claro que por ser profesor de lengua, es natural que el ADN sea para él solo esa posibilidad de ficción futurista que Louis Pawels y Jacques Bergier dejan bien establecida en el “Retorno de los Brujos” para dicho componente genético, desconociendo el uso que ahora se le da para rebatir científicamente negaciones similares a las que suele hacer tan alegre y ladinamente este “Gato”.

Al día siguiente recién comprendí como es que se podían producir esa clase de entuertos. Resulta que el Gato Marañosos había logrado concertar una cita con dos hermosas chicas de uno de los restaurantes donde solíamos almorzar y merendar. Teníamos que encontrarnos con ellas en la Banda de Shilkayo a eso de las once de la mañana de ese sábado para ir a almorzar a un recreo campestre en Venecia o donde ellas eligieran. ¡Así de botarate es el Gato Marañoso!

Por lo tanto, bañados, peinados y perfumados como Dios manda, tomamos una mototaxi y enrumbamos hasta el lugar de la cita. Allí, mientras esperábamos, comimos guabas, caimitos, zapotes y anonas. Esa fue nuestra única ganancia, porque las chicas jamás llegaron a donde las estábamos esperando. Reflexionando sobre el caso, terminé por repetirme que... ¡ni una vez más!... a mis sesenta años y pico, podían volver a pasarme cosas como esas de que me dejen plantado dos chiquillas.

Más tarde comprendí cómo era que el Gato Marañoso podía hacerse de familia con tanta facilidad, cuando recordé que, casi toda la noche anterior en que habíamos estado con ellas en una sala de Karaoke, él había tenido la mano de Dida entre la suya, en su clásico “chapa candado”. Imagino que hasta ahora no inventan preservativos para los dedos, porque se desconoce hasta la fecha esa forma de propagación sexual tan común en seres como el Gato Marañoso. Y es que el Gato Marañoso no es de este mundo. Con toda seguridad es un ET. Mírelo no más usted, detenidamente, y en el iris de la negrura de sus ojos podrá descubrir sin mayor esfuerzo, el universo insondable, eterno, inexplorado e infinito... y bien al fondo, el planeta de donde procede el Gato Marañoso: Kupisnike ZKX 31416.

Dida, mientras tanto, a la vuelta de tres meses del “chapa candado” con el Gato Marañoso, en la discoteca “Muro Muro” de Tarapoto, tuvo trillizos en La Banda Shilkayo donde siempre vivió con sus padres. Dicen que los tres recién nacidos, como para no creerlo, pero eso sí; bien negados por su progenitor, ahora lucen una “carabina” igualita a la de su padre el Gato Marañoso, como si hubieran salido de una fotocopidora Canon ataviada con cartuchos nuevos de tinta.

EL «TUMBAO» DE CHOLOL ALTO

Después de tanto batallar para no tener que seguir viajando hasta Contumazá por quitame esta paja, los maestros de esa parte de la Cuenca del Jequetepeque que pertenece al departamento de Cajamarca, consiguieron por fin, que el Ministerio de Educación a través de su 8^{va} Dirección Regional con sede en Trujillo, autorizara el funcionamiento de una Supervisión Escolar Sectoral en Tembladera.

Como ya existía una supervisión que tenía su sede en la capital de la provincia —o sea en Contumazá— siguiendo la costumbre burocrática de utilizar ordinales para nombrar a los órganos de gestión intermedios del Sector Educación, a aquella la denominaron como el “Primer Sector Escolar” y, a la nueva —que tendría su sede en Tembladera— no les quedó otro recurso que “segundearla”, por ser la número dos de una misma Supervisión Provincial.

Si bien la creación de una supervisión en esta parte de la provincia era un alivio para todos, a los tembladerinos no les cayó muy bien eso de ser “segundos”, por todo lo que el terminito ese implica, especialmente cuando se trata de amores o de méritos; por eso, se aceptó la cosa

como algo para lo cual ya no había remedio, más aún, si se tomaba en cuenta el hecho de que a Chilete no le había tocado nada parecido hasta esa fecha y, eso significaba simple y llanamente, llevarle la delantera.

Como a cualquier otro cristiano que se respete, a los tembladerinos que por ese tiempo andaban por allí recogiendo por empuzadas las charcoas y los liles de las acequias de drenaje de las incontables parcelas de arroz de su productivo valle, eso de ser “segundos” era una broma de mal gusto. ¿Por qué no decir solamente que era la Supervisión Escolar del Sector de Tembladera, en lugar de calificarla peyorativa y despectivamente de “segunda”? ¿Y cómo es que Contumazá era el “primer” sector, si por ese tiempo todavía no había la posibilidad de que se den evaluaciones tipo ISO 9001 o cualquier otra de esa misma naturaleza que realmente les acredite como “primeros”?

Así estaban las cosas cuando, Alfredo Izaguirre con su título de profesor todavía sin estrenar y, con la cuarta copia en papel cebolla —que ya no se leía por ser la última de cuatro— de su resolución de nombramiento, mecanografiada al tacto en una “Olimpia” planillera nuevecita de la 8^{va} Región, llegó a Monte Grande para hacerse cargo de una plaza de “auxiliar” de la Escuela Primaria Mixta N° 82569 que antes fuera simplemente la Escuela 118. En esa época, el término “auxiliar” aludía al cargo de “profesor de aula” y no al de auxiliar de educación, como podría suponerse en estos tiempos.

Había llegado procedente de Lima, a eso de las dos de la tarde de un lunes primero de abril, aviado con un catre de somier de una plaza, que le había obsequiado su padre, de un colchón de zomca donado por su suegra, y de otros enseres personales que venían dentro de dos

“primorosas” cajas de cartón de leche “Gloria”, bien aseguradas con pita de pabilo.

Monte Grande, en ese tiempo casi perdido de los recuerdos del “ñato” Jaime Aliaga, del “vivísimo” Ramón Alvarado, del “muerto” Téofilo Gamarra (que se llamaba “muerto” desde mucho antes de que entregara su alma al Padre Eterno de Sorochuco), del siempre peinado con raya al costado del Lucho Castañeda, o del inefable y siempre cariñoso Juan Saldaña, entre otros que sería difícil enumerar... todavía no yacía entumecido de frío bajo las azules aguas del Gallito Ciego.

A partir de ese detalle, en una de las esquinas de la “plaza de armas” de Monte Grande tenía su tienda don Juan Arteaga y, al frente de ella, sin saber porqué, Alfredo Izaguirre pidió al chofer del camión en el que había hecho el largo trayecto, que se estacionara para bajar todos los atavíos que había traído consigo porque venía de quedada. Para su suerte, ese viaje desde Lima le había salido gratis, ya que aprovechó que uno de los camiones de transporte de caolín y feldespato de un tío de su esposa, que era proveedor de esos minerales no metálicos de una fábrica de cerámica ubicada en el Callao, había tenido que hacer vacío ese viaje de retorno a Cajamarca.

Al enterarse don Juan Arteaga y su esposa, que Alfredo Izaguirre era el nuevo profesor de la Escuela, se deshicieron en grandes atenciones, ayudándole incluso a bajar sus bártulos para acomodarlos en una lado vacío de su tienda. Como a las dos de la tarde allí hacía siempre calor, luego de terminar de tomar las gaseosas “gasolina” de la Cassinelli con las que todos fueron agasajados, y de las despedidas de rigor de su tío y del chofer del camión, no sin antes agradecer los favores recibidos, previa lavada de cara y orejas en un lavatorio

blanco de fierro enlozado, enrumbó sus pasos hacia la Escuela para presentarse en su nuevo centro de trabajo.

Después de leer la resolución por debajo de sus gruesas antiparras de armazón de carey marrón, el director de la escuela, que no era otro que don Ernesto Alva Chiclote, a quien se referían en Monte Grande sólo como don “Alva Ché”, le dijo cortésmente a Alfredo Izaguirre:

— Si le conviene, podríamos tomar en este mismo momento —eran cerca de las cuatro de la tarde— el vagón que viene de subida de Pacasmayo y que va hasta las minas de Paredones, en Chilete, para presentar esta misma tarde su resolución en Tembladera ante mi primo Orfeo, que es el supervisor distrital y que ahora está como encargado de la Supervisión Sectoral. Él es quien tiene que darle un oficio para que yo, a mi vez, pueda darle posesión de cargo. Y... por si acaso, este trámite es muy importante, porque su sueldo corre desde la fecha del oficio este que le digo, y si es ahora, a fin de mes cobraría completo.

— Ni hablar, señor director. Si así es la cosa, vamos en este mismo momento a Tembladera —le contestó Alfredo— y, puesto que, si comenzaré a ganar mi sueldo desde hoy, haciendo este trámite, yo pago los pasajes ahora —agregó—.

Y sin pensarlo más, atravesaron la plaza de armas cuadrada con veredas de cemento que delimitaban su perímetro, a través de unas veredas diagonales, también de cemento, que se extendían rectas y enhiestas por entre unos arbolitos de eucalipto que recién habían sido plantados a ambos lados. Pronto, estuvieron en lo que era una especie de “estación”, que quedaba al frente de una casona abandonada que don Ernesto le indicó que

era de don Jorge Ortiz, un productor de arroz que vivía ahora en Trujillo.

Allí abordaron el vagón que tenía un compartimiento grande de bancas de tiras de madera, en el que el pasaje costaba treinta céntimos y al que decían que era “el popular”, y otro al fondo más pequeño de unos doce asientos acolchados y forrados con un dril que ya no se sabía de qué color había sido originalmente, al que llamaban “el especial” y donde el pasaje costaba cincuenta centavos. Después de quince minutos más o menos, ambos estuvieron bajando en otra estación que quedaba en la parte posterior de la Escuela 109, ya en Tembladera. Desde allí, había un poco más de tres cuadras caminando hasta la flamante oficina de la supervisión, que quedaba en la calle Miraflores.

La recepción y archivo de la tercera copia de la resolución de nombramiento de Alfredo Izaguirre y, el trámite de otorgamiento del oficio de posesión de cargo a que tanto hacía mención don Ernesto Alva, se hizo pim, pam, pum, como diría el “vejosh” Julio Sagástegui. Para el efecto, tenían a mano una bien conservada máquina de escribir marca “Remington” de color verde oscuro, que el profesor Jaime Aliaga tuvo que dar prestada provisionalmente (para toda la vida), para que funcione de inmediato la Supervisión del Segundo Sector Escolar.

Como el director de la escuela de Monte Grande vivía en Tembladera, donde tenía una de sus casas y una pequeña librería “nocturna”, porque sólo funcionaba por las noches, después de recibir en mano propia el famoso oficio de posesión de cargo, se despidió de Alfredo Izaguirre, no sin antes indicarle que para regresar a Monte Grande tendría que caminar hasta la salida a la costa y allí esperar algún carro que se fuera de bajada. Con suerte, la espera no duró mucho. En la tolva de una

camioneta pickup Dodge que iba hasta Pay Pay, hizo el pequeño trayecto gratis, porque no quisieron cobrarle pasaje al enterarse que era el nuevo profesor de Monte Grande.

La vida en Monte Grande era tan apacible como suelo serlo en cualquier pueblo pequeño. Por las noches no había luz eléctrica y la gente que podía, prendía su lámpara Petromax a eso de las seis y media de la tarde, para colocarla colgada de un gancho en el medio de su sala e iluminar la casa y parte de la calle. La Petromax solía alumbrar tanto como un foco de mercurio de 500 wats, si los hubiera de este watiaje.

Los vagones de subida pasaban por el pueblo a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde, y los de bajada a las nueve y las tres, de la mañana y la tarde, respectivamente. El de las diez de la mañana venía trayendo de Pacasmayo, especialmente pescado fresco y verduras, que la gente compraba al menudeo. En el caso del bonito, que llegaba tan fresco que hasta saltaba todavía en la cesta del pescado, se compraba por porciones de a mitad por un sol, en tanto el suco o las cachemas se compraban enteras y sin eviscerar, a tres por el mismo precio. Comprar verduras era otra cosa, el menudeo alcanzaba hasta porciones de diez centavos.

La escuela de Monte Grande era mixta. Por fin se habían dado cuenta en el Ministerio de Educación que la gente no vive separada por su género, pero; como hubieron dos escuelas originalmente, al fusionarse para la coeducación, la transición por ser más numerosa funcionaba en lo que había sido la escuela de mujeres. A la llegada de Alfredo, eran seis profesores incluyendo al Director y, todas las tardes, después de clases, los varones salían a jugar fútbol en una cancha de tierra, una vez que terminaban las labores. Los partidos se

prolongaban hasta casi las ocho de la noche cuando había luna, después tenían que ir obligatoriamente a bañarse al sifón, porque el sudor y el polvo de la cancha no hacían una buena combinación en el cuerpo.

Así, en medio de esa paz y de esa rutina, transcurría la vida que sólo adquiría cierta motivación especial cada fin de mes, en que los maestros iban a cobrar sus sueldos a Tembladera, en donde ocurrían sus encuentros con los otros docentes, debido al trámite especial que tenían que hacer para cobrar. Primero había que ir a la oficina de la supervisión para sacar la boleta de pago y, de allí, había que ir a la Caja de Depósitos y Consignaciones a hacer una colita para firmar la planilla y otra para recibir el dinero. En esos trajines era cuando se ponían al día de las últimas noticias y de los chismes más frescos.

Mientras esto pasaba, de la supervisión sectoral se habían hecho cargo, en calidad de titulares, varios supervisores. Uno que se llamaba Lauro había venido desde Ancash, otro que se llamaba Domingo vino de Contumazá y otro de San Miguel. En los intervalos, y durante los días en que los supervisores titulares se ausentaban de Tembladera por cualquier motivo, el supervisor encargado siempre era don Orfeo. Tan conocido resultó en esta labor, que en una de esas resultó designado por la superioridad, como supervisor titular del segundo sector escolar.

Todos los profesores de la zona eran sus incondicionales amigos y, como tales, cuando por fin obtuvo su resolución de designación como supervisor titular, lo celebraron más de una semana. A don Orfeo, su nombre no le gustaba para nada, por eso prefería que le dijeran solamente “Or”, como acostumbraba tratarlo su esposa, que tan diligentemente le cuidaba en la tarea de gobernar la casa y de sostenerla económicamente, lo

cual lograba dando pensión a todos los profesores y profesoras que no tuvieran familia para solucionar este menester.

Tan bien les iba con eso de dar pensión, que lograron amasar una considerable fortuna. Pero en su afán de seguir aumentándola, idearon un sistema completamente inédito y sui géneris de otorgar préstamos de dinero a los profesores que trabajaban muy lejos de Tembladera. Habían algunos que estaban a dos días de camino a caballo o a pié y, como era natural, a estos profesores no les convenía venir cada mes a cobrar por lo que, lo más lógico que les parecía, era “vender sus sueldos” de abril a julio, de agosto a diciembre, o de todo el año, a la esposa de don Orfeo, quien era el dueño del dinero pero que, para no aparecer como “comprador de los sueldos”, prefería tener de testafarro a su esposa doña Matilde.

Muchos profesores que tenían necesidad de contar con dos o tres sueldos juntos, para hacer una compra de emergencia o un negocio, vendían sus sueldos por adelantado a doña Matilde, por la “miseria” del diez por ciento mensual, que les era descontado también por adelantado, a cambio de un poder para cobrar dichos haberes, expedido a nombre de ella (no de don Orfeo), con el único requisito de estar refrendado por el juez de paz o por el único notario público que había en Tembladera.

Y... todo el mundo estaba contento con este tipo de finanzas, hasta que apareció un profesor de tercera que se vino con mujer y todo, no se sabe de dónde, para trabajar en la escuela de Cholol Alto, que quedaba a un día de camino de Trinidad. En verano, de Tembladera a Trinidad se podía llegar en camión, pero en época de

lluvias, había que hacer el viaje a pié o a caballo, y este recorrido duraba igualmente un día bien jalado.

Es de presumir que el profesor de Cholol Alto había traído a la esposa bien vacunada y, como a su llegada a Tembladera, se enteró que la esposa de su jefe podía adelantar los sueldos que quisiera, no tardó en vender lo que ganaría de abril a julio. Pero, a mediados de mayo no más, su esposa tuvo que dar a luz, con cuyo fin tenía que llevarla hasta el Hospital Lafora de Guadalupe. Como la cosa apuraba, a su paso por Tembladera no se le ocurrió mejor idea que, encargar a una persona de confianza para que presentara en la supervisión una solicitud.

Pedir licencia sin goce de haber porque su esposa iba a dar a luz hubiera sido algo natural. Pero él no hizo eso, sino que encargó a una persona de confianza para que al día siguiente, presentara en la supervisión una solicitud en la que él pedía licencia por maternidad. Don Orfeo, después de hacer pública tan inusitada petición y de bautizar al dichoso profesor como el “Tumbao de Cholol Alto”, devolvió el expediente por conducto regular, es decir por el correo, que en ese tiempo funcionaba con un postillón, denegando la licencia solicitada por imprecendente.

Era costumbre en el magisterio, solicitar la licencia y tomarla casi al mismo tiempo. Obviamente, estos trámites no tenían ningún inconveniente porque se hacían al amparo de una norma legal. Pero, para el caso del “Tumbao”, no había ley o reglamento que lo pudiera amparar. Pero como la costumbre era presentar la solicitud y tomar la licencia, el Tumbao se fue a Guadalupe contando con la seguridad de que su licencia le sería concedida.

A don Orfeo le hubiera bastado cesar al susodicho por abandono de cargo, sin más ni más. Pero como de por medio estaba el asunto ese de tener que cobrar con la carta poder, los sueldos que le había adelantado, tuvo que enviar a una reemplazante a Cholol Alto para no interrumpir el servicio educativo y concederle una licencia por motivos personales por lo bajo, a fin de que el “Tumbao” pudiera seguir figurando en planilla y él recuperar su dinero.

Lo difícil del asunto era que no tenía con qué pagar a la reemplazante, pues licencia por maternidad y con goce de haber, hasta ese momento, nunca se había concedido a ningún mortal que sea varón. Así que no le quedó otra alternativa que esperar pacientemente a que el “Tumbao” regresara de gozar su “licencia por maternidad”, lo cual hizo el once de agosto, fecha en que don Orfeo tuvo que ponerle al tanto de todo, precisándole que, sólo por hacerle un favor, no lo había cesado por abandono de cargo.

Comprensivo hasta no más, el “Tumbao” aceptó la situación, pero como no tenía dinero, tuvo que negociar una nueva venta de sus sueldos de agosto a diciembre por adelantado, lo cual don Orfeo le aceptó, pero con la condición de que él fuera el que asumiera el pago de la reemplazante que tuvo que poner, para no cesarlo en el trabajo.

—Ya don Or —le contestó el “Tumbao” — que más me queda sino agradecerle por todos los favores que ya le debo. Lástima que los esposos no tengamos derecho a licencia por la maternidad de nuestras esposas —agregó compungido— sería justo que esto fuera así, porque hay que cuidar y acompañar a la señora en ese trance. ¿No cree usted amigo Or?

— En Alemania, me han dicho hijo, que cuando la mujer da a luz, al esposo le dan licencia con goce de haber para que hagan justo lo que tú me acabas de referir que has hecho. Me parece bien eso, hombre, pero acá en el Perú, la cosa todavía no va por ese lado —le contestó conciliadoramente don Orfeo—.

Don Orfeo al tiempo de entregar los cinco sueldos adelantados, tuvo que descontarle al “Tumbao” los tres sueldos de su reemplazante, con lo que éste recibió sólo dos sueldos enteros y los tres puchos que habían quedado después de amocharle lo de su reemplazante. Al contar lo que estaba recibiendo, el monto no le cuadró para nada. Sin embargo, agradeció más de una vez por el favor que le estaban haciendo y se marchó a encontrarse con su mujer.

Entre los dos sacaron cuentas y al constatar que no les convenía, decidieron cambiar el final de la historia. Don Orfeo se quedaría con las cartas poder y ellos con los dos sueldos enteros y los tres puchos dejados después del pago de la reemplazante.

En Tembladera, jamás se volvió a saber nunca más del “Tumbao”, pero don Orfeo siguió guardando la carta poder que autorizaba a su esposa Matilde, a cobrar los sueldos de agosto a diciembre que le habían adelantado.

— Fíjese pues, amigo Alfredo —le dijo don Ernesto Alva en alguna oportunidad a uno de sus docentes de aula, el profesor Alfredo Izaguirre— el verdadero “Tumbao” resultó siendo mi primo Or. Yo le aconsejaba, cada vez que podía, que deje de hacer esa clase de “negocios”, porque cualquier rato se la iban a hacer. Pero la ambición de ganar dinero fácil, siempre les hace el ocho a los ambiciosos. ¿No cree usted...?

EL VIEJO Y EL TORO

El “Viejo” llegó a Cajamarca igual que los aguaceros de marzo, que aparecen después de las lluvias escasas y locas de octubre a diciembre, y de las lluvias copiosas y tercas de enero y febrero. Su rostro y su andar, por ese detalle y por otros que se adivinaban sólo al mirarlo, decían a primeras que ya tenía mucho recorrido, comparado con el de los pichones a punto de alzar sus primeros vuelos autónomos, que fuimos la mayoría de sus compañeros de clase, con excepción de Dionisio Trujillo que, en eso de tener experiencia en la vida, estaba para darse dos revuelos con él.

En realidad, en aquellos tiempos, no era tan viejo todavía. Tenía pelo en más del cincuenta por ciento de su frente —que después se volvió un campo de aterrizaje y se unió con su coronilla—y algunas canas que avergonzadas se escondían entre sus sienes, pero ninguna arruga que proclame sus treinta y tantos años. Sólo su dentadura hubiera podido, de quererlo, hacer esta grave denuncia, porque usaba prótesis en más de un vacío interdental, por la temprana deserción de algunos de sus dientes y muelas.

El “Viejo”, antes de venir a estudiar en la Escuela Normal Superior de Cajamarca, estuvo estudiando Sociología en la Universidad Nacional de Trujillo. Nunca sacó la cuenta de cuántos años quemó allí junto con su juventud, pero es de imaginar que debieron ser los suficientes para terminar graduándose en esa carrera, si los estudios en ella los hubiera llevado a cabo sin huelgas ni paralizaciones por quítame esta paja y, sobre todo, si el “Viejo” los hubiera hecho con juicio y sin cometer tantas locuras juntas.

Para entrar como alumno de la “Normal”, como solía llamarse a este Centro Superior de Formación Docente en ese tiempo, había que aprobar un examen de admisión administrado a la usanza clásica. El examen de marras permitía clasificar a los alumnos en becarios, pagantes y desaprobados. Los que, por su puntaje, obtenían una beca integral, no pagaban absolutamente nada por concepto de alimentación, enseñanza y alojamiento, pero tenían que estudiar internos. Los pagantes, en cambio, tenían que costear todos esos gastos para poder estudiar allí, en calidad de internos, por no haber otra forma de hacerlo.

Lo que no llegué a descifrar jamás fue por qué, a las escuelas de formación de maestros, las llamaban “normales”. ¿Acaso hubo por allí otras escuelas que eran anormales? Obviamente no, sólo que por esa misma época, los franceses crearon una “Escuela Normal” para formar a sus maestros, la misma que llegó a tener gran prestigio en todo el mundo. Claro que este hecho no explica por qué, en Francia o el Perú, estas escuelas tenían que llamarse “normales” pero sí nos aclara el panorama que, en eso de copiar nombrecitos, siempre hemos sido campeones.

Decían que el Estado asignaba para los futuros maestros, la suma de ocho soles diarios para su alimentación y que para un preso de Chontapaccha, para ese mismo propósito —ni se soñaba todavía con el penal de máxima seguridad de Huacariz— asignaba diez soles redondos. Obviamente, no se trataba de “soles” con valor equivalente al de los “nuevos soles” de ahora, se trataba de “otra clase de soles” que ni indexándolos, se podrían comparar adecuadamente. No es que esté mal asignar diez soles para alimentar a un preso y ocho soles para la alimentación de un futuro maestro, lo malo de esta clase de cosas es el hecho de querer acostumbrar a la gente a las desigualdades que, desde hace muchos años, están institucionalizadas en nuestro país y que, con este tipo de cosas, se las quiere perennizar como algo natural.

Cuando se publicaron los resultados del examen de admisión, el “Viejo” se encontró con que su nombre se había caído de la lista de becarios, e incluso de la de pagantes y, por más esfuerzos que hizo para leer ambas listas con sus ojos nublados por un llanto callado y dolido, de esos que se profiere en un silencio a gritos cuando el desengaño y la frustración nos exprimen el corazón, no lo pudo encontrar. No hubo forma de consolarlo, sin embargo, estuvimos juntos en la casa de mi madre en el Jirón El Inca, hasta que terminó de liar sus cositas en su maletín, para luego embarcarse en “la Díaz” rumbo a su querido y añorado Trujillo.

Las clases en la Normal comenzaron ese año, un lunes primero de abril. Todos nos tuvimos que internar el día domingo, entre las cinco y las seis y media de la tarde, según como estaba indicado por el Director. Después de hacer nuestra cama con las frazadas, sábanas y fundas de almohada “linchitas” que trajimos como parte de nuestro “equipo”, a las siete de la noche, a punto de

campana y de la voz del hermano “Tacho” dando las indicaciones, fuimos a saborear nuestra primera cena de internos. Esa cena sí que fue decepcionante... casi para todos.

Nos sirvieron la “sopa tradicional” en un plato hondo de fierro aporcelanado, que era hondo de verdad, con dos panes franceses del gringo Shelinski a su lado, y un segundo a base de “guiso de carne”, hecho con alverjas verdes, papa amarilla huagalina y “ajinomoto”... pero con muy poca carne. Cuando ya estuvimos acabando de comer, el “Patillas” nos hizo llegar una taza de metal bien grande, llena de bote a bote con un “té” con sabor a alcanfor, que nos acompañaría hasta que nos hicimos profesores y dejamos la “Normal”.

El día lunes a primera hora, cuando todos nos alistábamos a recibir la primera jornada de reflexión por parte del mismísimo Director: Hermano Victorino Elorz Goicoechea, los que lo conocíamos, pudimos apreciar que el “Viejo”, acompañado de su padre don Arturo Escalante Rojas, ambos bien “entelados”, esperaban en uno de los amplios pasadizos que el local dispone hasta ahora, la finalización de la ceremonia de apertura de labores para ser recibidos por el Director.

En esa reunión, don Arturo Escalante, con documentos en mano, hizo prevalecer el derecho que tenía ganado su hijo Gilberto Antonio, para ingresar a esta Escuela Normal, al haber aprobado, hacía ya mucho tiempo, el ingreso a la Universidad Nacional de Trujillo y, sobre todo, al haber sido alumno de la Facultad de Sociología y Ciencias Sociales de ese centro universitario. Claro que, no pudo hacer prevalecer este derecho para ingresar como becario, sino para hacerlo como pagante, lo cual no era un problema mayor para don Arturo, pues por ese tiempo, estaba estrenando su sueldo de maestro

jubilado al amparo de las nuevas remuneraciones establecidas por la Ley 15215 que, resultó muy favorable para esa época, mientras tuvo financiamiento.

Antes de que termine nuestra primera hora de clase de “Didáctica General”, a cargo del “Toro”, es decir a cargo del profesor don Pedro Villar Martínez, hizo su aparición en el salón el “Viejo” Gilberto Antonio Escalante Tejada que, obviamente, todavía no era dueño de la chapa de “Viejo”. Entró acompañado del Director de la Normal, quien explicó y fundamentó las razones por las que, no habiendo ingresado por el examen como lo hicimos todos los demás, él ingresaba en una especie de segundilla, haciendo valer su ingreso anterior a la Universidad de Trujillo. Como el asunto quedó plenamente aclarado por el Director, no hubo más comentarios y el recién llegado fue recibido como alguien que lo hace sólo un poco tarde, con respecto a los demás.

En menos que canta un gallo, el último en llegar al internado se acopló a las usanzas que todos tuvimos que asumir como parte del reglamento desde el día anterior. Había que despertarse a las cinco y media de la mañana, con los “aplausos” del hermano “Tacho” que entraba al salón siempre acompañado del auxiliar de educación don Juan Trujillo, para rezar medio dormidos todavía un “salve” y un “ave maría” (lo del “ave maría” era de cajón, porque los hermanos eran “maristas”). Luego había que bañarse, casi obligatoriamente, en las duchas de agua fría, para luego afeitarse de a tres o de a cinco, en los dos espejos grandes que había adosados a la pared, con la toalla cubriendo lo principal, que casi siempre alguien se encargaba de hacer que caiga al suelo sin previo aviso.

En eso de bañarse cuando todavía era medio de madrugada, en Cajamarca, con agua helada y cuando el

cuerpo parece que humea al contacto con el agua de la ducha, muchos de los costeños sólo hacían la finta de que se estaban bañando, y salían de las duchas sin lavarse ni siquiera lo fundamental, ni menos hacer lo que acostumbran hacer los árabes aún cuando están en el desierto; pero, el “viejo” si se bañaba de verdad, lo cual hacía bufando como un toro. Con el tiempo nos acostumbramos tan bien a esa parte de la rutina, que apenas amanecía, extrañábamos la ducha de agua helada.

Después de ese ritual madrugador, venía la hora de estudiar caminando sin descanso para contrarrestar el frío, por las veredas que servían de perímetro al enorme patio interior, que era casi del tamaño de una hectárea, para bajar a las siete y media de la mañana en punto, al comedor, que quedaba en lo que podría llamarse el sótano.

El desayuno consistía de una gran taza de aluminio llena, de bote a bote, con un preparado de la leche en polvo que, por ese tiempo, era donado por “Cáritas del Perú”, más un pan sólo y otro untado con mantequilla de vaca o manjar blanco. Los que querían, podían cambiar la taza de leche por otra de “café” o de “té”. El “café” era de habas y cebada tostadas, y el “té” era de una infusión de alguna planta aromática de la región: hierba luisa, cedrón, manzanilla, hinojo, orégano de ladera, hoja de lima, toronjil o cáscara de naranja.

Las actividades académicas se iniciaban diez minutos antes de las 8 de la mañana, con una formación general en el patio, seguida de un rezo muy corto y de la jornada de reflexión consiguiente, a cargo del hermano Director. Todo eso no duraba más de diez o quince minutos, porque a las ocho y diez teníamos todos que estar iniciando nuestra primera clase de 50 minutos, de las

cuatro que teníamos por las mañanas. Sólo los días lunes se cantaba el Himno Nacional, pero los futuros maestros que estaban en el último año de estudios, los lunes y los jueves tenían que formar al frente de sus alumnos de primaria, de la Escuela de Aplicación, donde hacían su práctica permanente sólo por las mañanas.

La vida del internado era un tanto monacal, por decir lo menos. Todo estaba reglamentado y regulado. El que incumplía esas reglas o rompía esas normas, se quedaba sin salida todo el sábado y todo el domingo. Quedarse sin salida dos días seguidos y casi solos, en la inmensidad del local de la “Normal” era por demás horroroso, por eso, casi nadie cometía el desatino de hacer los méritos para salir castigado. Claro que todo eso respondía a la aplicación de una política inhibitoria del más rancio conductismo, aun cuando no se supiera todavía en qué consistía tal teoría. Había una hora para dormir, otra para descansar o jugar, otra para estudiar en el aula y otra más para hacerlo en la biblioteca, en los pasillos o en cualquier otro lugar de la escuela (menos en las aulas).

Las clases eran de 50 minutos de lunes a viernes. Se estudiaba cuatro horas por las mañanas, lo cual se cumplía desde las ocho hasta las doce en punto, en que bajábamos al sótano a almorzar. El aviso para aquello y para los cambios de hora se hacía a punto de campana, la misma que cuando sonaba a esa hora, nos convertía, ni más ni menos, en mismísimos “perros de Pavlov”. El almuerzo duraba media hora, exactamente y, desde las doce y media hasta las dos de la tarde, se podía hacer la siesta en los dormitorios o, caminar o descansar echados de barriga en la pampa de las áreas libres que tenía el amplio local. Desde las dos hasta las cinco de la tarde, teníamos tres horas más de clases.

En total se estudiaba siete horas diarias en las aulas, pero a partir de la última clase de la tarde, que concluía a las cinco de la tarde en punto, era casi obligatorio practicar algún deporte, después de tomar a las carreras el “suculento lonche”, consistente en una enorme taza de “te” con dos panes solteros. Había canchas para fulbito, para básquet o para vóley. En la explanada que daba al comedor, que parecía estar en el sótano, había barras, paralelas, un potro y otras cosas más para aquellos a los que no les gustaran los deportes grupales.

Lo cierto era que, a esa edad, quemar energías se constituía en una necesidad apremiante para todos los que allí estábamos internos, que éramos la mayoría. Poquísimos eran los que estudiaban en calidad de externos y tenían que estar en el último año de estudios para lograr ese privilegio. Los que lo estaban de externos preferían entrar de internos otra vez para mejorar sus notas o para poder terminar la tesis a tiempo. Por eso, después de intensos partidos de fulbito o de básquet, en los que se apostaba por lo general el postre de la última comida, a eso de las siete de la noche había que ir a terminar de dejar los calores otra vez en las duchas de agua fría, con el tiempo justo para bajar al sótano para la cena, a las siete y media en punto, siempre a punta de campana.

La comida de la noche era muy adusta, pero rica en carbohidratos. Consistía en una sopa “tradicional” (de trigo), un segundo plato de arroz, a veces con carne de cordero o de res guisada con papas, un postre a base de fruta seca, generalmente de higos o duraznos, nadando en una especie de mazamorra fluida y, obligatoriamente, la tasa de “té”, esta vez con un fuerte sabor y olor a alcanfor. Decían algunos que el alcanfor era para “dormir tranquilos”, sin pensar en nada más que no sea salir libres el sábado y el domingo.

Después del rico té de alcanfor, solo quedaba dar vueltas y vueltas por la vereda del perímetro del patio, que algunos aprovechaban para fumar a escondidas un cigarrillo que no se sabía en donde había sido comenzado. Luego, a las ocho de la noche en punto, había que entrar de nuevo a los salones de clase para estudiar o terminar alguna tarea pendiente, que duraba hasta las nueve y cuarto de la noche.

Entre las nueve y cuarto y las nueve y media, el que quería podía ir a rezar el rosario en la capilla, con el hermano Tacho. El que no deseaba hacerlo, era libre de ir a dormir a partir de esa hora, a la que llegábamos después de pasada la primera quincena: “muertos de sueño”. Esa era la rutina, la misma que, a pesar de no ser otra cosa que una maldita rutina, era formativamente muy eficaz para crear hábitos de estudio en gente que no lo había tenido nunca, además de ser muy “disciplinadora” de nuestros cuerpos, acostumbrados a la vida desordenada que todos habíamos tenido antes.

El “Viejo” se adaptó muy pronto y muy bien a todo eso, como si siempre hubiera estado acostumbrado a vivir esa clase de vida. Como, por su costumbre, el “Viejo” era por demás memorista, ya que le gustaba el teatro y allí tenía que memorizar los parlamentos de las obras, él tenía que aprovechar muy bien todas las horas que estaban destinadas para el estudio, para aprenderse de memoria, tan igual como los parlamento de las obras de teatro, toda esa tracalada de conocimientos, que nos hacían escribir en nuestros cuadernos durante siete horas al día, y que había que “estudiarlas” el resto de horas destinadas para ese fin.

Entre todos los profesores, el “Toro” era el más exigente para hacer que nos aprendamos de memoria la “Didáctica General” que él nos enseñaba. Claro que para memorizar la bendita didáctica, disponíamos de tiempo suficiente y todos lo hicimos como él quería, obviamente, unos mejor que otros. El “Viejo”, por supuesto, se sabía ese curso de memoria, con puntos y comas.

El “Toro Villar”, como a veces se le decía, para aclarar que no se trataba de otro “Toro” más que de él, era dueño y señor de un carácter fuerte y dominante, diseñado a fuerza de empeño para compensar su baja estatura y su contextura física tirando para delgada. Era de la especialidad de matemática, pero ese curso no nos enseñó jamás en la “Normal”. Lo que si nos enseñó —y muy bien para ese tiempo—, fue Didáctica General. Luego, nos enseñó también “Práctica Profesional”. Se podría decir de él, y con justicia, que no era un profesor que se preocupara por parecer “buena gente”. Tampoco era de esos “figuretis” que tenían el pico de oro. Ante los alumnos, según llegamos a entender después, lo que él quería era que lo identifiquen como un profesor que conoce a fondo su materia y que la sabe enseñar, además de ser un docente idóneo, exigente y justo. Todo eso, a mi entender, él lo consiguió con creces, junto con una luz de gran honestidad propia que pervive entre nosotros hasta la fecha.

Los problemas que al “Viejo” se le llegaron a presentar con los cursos, los tuvo a la hora de los “pasos” orales o escritos y, especialmente, a la hora del examen, ya que al no contar con un “apuntador” como sí lo tenía en el teatro, cuando no se acordaba del comienzo del “parlamento” estaba realmente perdido, lo cual era mucho más grave cuando ocurría frente al temible “Toro”, en cuyo caso era mejor morir. En cambio, si se acordaba el comienzo, para él era pan comido y el mismo

“Toro” tenía que hacerlo callar, diciéndole con mucho respeto: “suficiente señor Escalante, puede sentarse”, lo cual hacía con una gran alegría viniendo eso, justamente del “Toro”.

El “Viejo” terminó metiendo en la danza de los sketches, a más de uno de sus compañeros. En una de esas veces salió haciendo el papel de “viejo” y en otra salió haciendo el papel de “suegra del diablo”. Para su suerte, el rol de viejo lo hizo primero y desde allí se quedó con la chapa de “Viejo”. No se sabe qué chapa hubiera tenido si primero hace el papel de suegra. Tan popular se hizo como “Viejo” que, cuando por fin consiguió que Rosalía —su esposa y compañera de toda la vida— le acepte como su enamorado, ella pasó, casi por arte de magia, a ser la “Vieja”. En las clases de práctica, por este mismo detalle, los alumnos de primaria le decían “Joven Viejo”. Joven nos decían a todos los practicantes de la Normal, situación que cambiaba por la de “Profesor” una vez que pasábamos el examen de grado.

Cuando por fin tuvimos que hacer nuestras primeras prácticas discontinuas, al “Viejo” le tocó hacer una clase de cuento en el salón de cuarto “C” de primaria, a cargo del Profesor Hernán del Carmen Fernández. Sabíamos que si nos observaba el “Toro” no aprobaríamos ni arando y casi estábamos acostumbrados a ese resultado. Pero el “Viejo” nos dijo a todos, muy orondo y seguro de sí mismo, que esta vez al “Toro” no le quedaría otra que aprobarlo y, encima, con buena nota, cosa que casi nunca hacía.

El “Viejo” con el fin de derrotar al “Toro”, sin vestirse de traje de luces y sólo con su terno azul marino de uniforme, ensayó hasta el cansancio la motivación de su cuento con otro cuento, preparó su lámina para la observación, repasó los parlamentos a pesar de saberlos

al dedillo, se ensayó para las preguntas de la comprobación, e hizo todo lo que había que hacer para ganarle la partida al “Toro”.

Una de esas mañanas en que memorizaba como loco todos los detalles para aprobar su clase con el “Toro”, salimos a estudiar a la Avenida del Maestro, aprovechando que los Hermanos Maristas dejaban el portón abierto cuando iban a escuchar misa en la Recoleta. Ocurrió que, justo cuando el “Viejo” pasó por un lado de las rejas de un camión en el que se transportaba ganado a Lima, una de las vacas, aprovechando una rendija entre baranda y baranda del camión, lo agasajó con una jugosa y gran torta verde, que le ensució por completo el uniforme y le dejó inservible el cuaderno de Didáctica General.

Después del terrible incidente, tuvimos que ir a la casa del jirón El Inca de mi madre para que se bañe una vez más esa mañana y para que se cambie de uniforme. Pero el cuaderno ya no tuvo salvación y tuvo que copiar toda la información en un cuaderno nuevo. Sin ser creenciero, el “Viejo” consideró que la ofrenda de la vaca era seña de mal agüero y esa idea nadie le pudo quitar de la cabeza. Pero aún así, no cejó en sus esfuerzos de llevarse todo a la memoria.

Hasta que le llegó la hora de hacer esa clase. Cuando salió adelante, como los alumnos ya le conocían por sus habilidades teatrales, lo recibieron con un caluroso aplauso, cosa que nunca jamás había ocurrido. Se presentó muy formalmente, hizo la declaración oral y escrita de su tema, y los alumnos al enterarse que les iba a hacer como clase un cuento, nuevamente lo aplaudieron, esta vez a rabiar. Feliz de la vida y eufórico como les suele ocurrir a los artistas cuando les reciben con aplausos, comenzó a desarrollar su clase. Mientras

duró la narración del cuento por parte del “Joven Viejo”, había tanto silencio que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Todos los alumnos lo escucharon como cuando se asiste a una sala de teatro y el actor es excelente para nuestro gusto.

El “Viejo” halagado por todo eso, que no se lo esperaba porque ese salón era conocido por tener alumnos extremadamente “movidos”, preguntones, chinchosos y quemasangres, en otros términos: el terror de los practicantes; se sintió más halagado todavía. La verdad, que en eso de sus artes dramáticas, el “Viejo” era fuera de serie y hasta a sus compañeros que lo observábamos, nos tuvo en vilo y con el alma en el filo de la navaja. Imitó magistralmente a un lobo, a una gallina clueca, a un ratoncito, al león, al rey y a su esposa, entre otros personajes, causando la risa y la alegría de todos, tanto que nos olvidamos de anotar en nuestras hojas de observación las “bondades”, las “deficiencias” y las “sugerencias”, por estar pendientes de lo que el “Viejo”, en un derroche de ingenio artístico hacía, como si estuviera en las tablas.

Pero como todo pasa, llegó la hora de la comprobación, y el “Viejo” tuvo que hacerlo, porque esos pasos de la clase todos los sabíamos de memoria. Para el caso, un alumno tenía que decir en sus propias palabras lo que había comprendido del cuento, pero éste después de mucho pensar, sólo atinó a decirle al “Viejo”:

— Joven “Viejo”, mejor hágase la gallina “culeca” otra vez, usted lo hace bacán —el viejo sin perder la calma, haciéndose esta vez el viejito le contestó—:

— A ver pueh hijito preshioso, eshe momento de la clashe ya pashó, ahora tienesh que contarme tú lo que hash comprendido del cuento que yo te he contado y

que te ha gushtado tanto —y comenzó a esconder su temblante mandíbula superior dentro de la inferior, arqueándose hasta casi llegar al suelo, como un verdadero decrépito, lo que causó otra vez la risotada general del salón de clase—.

Hasta el “Toro” tuvo que reír. Pero, el niño no le pudo contestar nada otra vez por estar matándose de la risa. Después de que se hizo el silencio, porque esta vez el “Viejo” se convirtió en un “viejo malo” que se puso a llamarles la atención por portarse mal, otro niño poniéndose de pié le dijo en tono de súplica:

— Ya pué “Joven Viejo”, no sea malito. Cuéntenos otra vez el cuento haciéndose la vaca, la gallina, el perro y esas otras cosas que usted sabe hacer tan bien y, le prometemos, que le vamos a contestar todo lo que nos pregunte.

Y el “Viejo”... atracó. Embobalicó a los alumnos como nunca, con el mismo cuento, pero con algunas variantes dramáticas nuevas que improvisó magistralmente, pero; veinte segundos después de que terminó de dramatizarlo, sonó la campana de recreo. La hora de la clase se había terminado y él, no hizo todo lo que tuvo que hacer: comprobar el aprendizaje y lograr que los alumnos hagan un resumen del cuento en sus cuadernos, además de ilustrarlo con un dibujo de su creación. Así estaba escrito en su esquema de lección que él le presentó al “Toro”, y éste, a esa parte, lo tenía subrayado con la parte roja de su lápiz bicolor (en esos tiempos, todavía no existía el resaltador).

Hubo que esperar un rato más para participar en la “crítica”, que era ese momento cruel en el que el profesor que observaba la clase —no se sabe si con placer o con pena— nos leía lo que había anotado en el formulario

de observación respectivo y en el que, daba la casualidad que sólo se hallaban adustamente registradas a lo mucho dos “bondades”: “vestido adecuadamente para la ocasión” (porque tenía que hacer la clase con el terno azul de uniforme) y “llegó oportunamente a su clase” (porque todos éramos internos y allí no había otra cosa que hacer), después de lo cual, venían escritas de puño y letra y, en seguidilla interminable, las más de “*mil ochocientas*” deficiencias que habían detectado en el desarrollo de la clase, y que se tenían que anotar incluso en el reverso del formulario, porque en el rayado del mismo no alcanzaban, el “Toro” muy formalmente le dijo al “Viejo”:

— Bien por usted señor Escalante. Acaba usted de sacarse un lindo ocho —como si la nota ocho en la escala vigesimal así lo fuera—. Debe usted saber que hacer una clase no es hacerse la gallina, ni el chanco cuando le están matando, ni el viejo al que le tiembla la mandíbula. Prepárese mejor, para la siguiente clase y... por favor, hágala completa...

LOS CADILLOS DE HUAYOBAMBA.

Alguna vez... ¿a quién no se le han adherido uno o varios cadillos, en una parte incómoda del cuerpo o de la ropa, después de haber estado en contacto con la madre naturaleza? Al parecer, de eso no se ha librado nadie todavía, en la accidentada orografía del área rural de la sierra, en las suaves y ondulantes gradientes de los contrafuertes de la cordillera cercanos a la costa o, en la insondable maraña de verdes de la selva. Sólo es cuestión de meter los “botapiés” del pantalón o los ribetes de la falda, en el caso de algunas mujeres —aún cuando ya hayan muy pocas que las usen— allí donde es el dominio de esta planta silvestre y... a rascarse se ha dicho.

En el tramo entre Condormarca y Huayobamba de la carretera a San Marcos y, particularmente, en los bordes de la carretera de la serpenteante bajada, desde la cual se puede divisar en toda su majestuosidad el valle que el río Cajamarquino crea en esa zona, junto a las flores de mil colores que nacen y mueren con las lluvias estacionales de noviembre a mayo, también crece el cadillo en cantidades inimaginables. Podría decirse que “eso” es un mar ondeante de penachos llenos de unos

bastoncitos negros coronados de sisos más pequeños, cuando el viento los mece. Es posible que el cadillo crezca en muchas otras partes más, pero allí, justamente, toda el área es un inmenso cadillal.

Que existan cadillos o no en los terrenos existentes en los bordes de la carretera no tendría mayor importancia, de no ser que, detrás de la descripción inocente de este detalle de la flora cajamarquina, exista una narración por demás inaudita. Como se sabe, es común y frecuente que se le peguen a uno los cadillos en cualquier parte de la ropa, y que también éstos se suban “por sus propios medios” hasta las partes más escondidas del cuerpo, pero eso de que se adhieran al vello del Monte de Venus... ¡jamás!

Allá por los años comprendidos entre mil novecientos noventa y cuatro, y mil novecientos noventa y cinco inclusive, trabajábamos en el Proyecto “Escuela, Ecología y Comunidad Campesina” cuatro personas. El que escribe esta historia —el burro por delante— que era y es profesor, un especialista de educación —o sea profesor también— designado por la Dirección Regional de Educación como contrapartida del Estado, una ingeniera agrónoma contratada con fondos del proyecto —a la que cariñosamente llamábamos “cabezona” por los pelos esponjosos que tenía y que le daban esta apariencia— y una ingeniera zootecnista, que la Región de Educación tuvo a bien destacar al proyecto al resultar excedente en el Instituto Superior Tecnológico de San Pablo, en el cual había estado trabajando. Además de ellos, hacía sus prácticas como técnico profesional forestal, un jovencito de Pariamarca, egresado del IST “Cajamarca” que estaba preparando sus tesis.

El especialista de educación se llamaba Segundo, vaya uno a saber los motivos por los que su padre quiso que su hijo, durante el resto de su vida, siempre resulte sólo

“segundo”. Sin embargo más allá de esta cháchara y de las bromas de que era motivo, él mismo me contó durante la travesía de las jalcas del Coymolache, que su primera experiencia amorosa le resultó desastrosa debido al hecho de llamarse Segundo. El contaba que, emocionado hasta las lágrimas al haber logrado hacer suya a su primera enamorada, le preguntó con el candor y la ingenuidad propios de sus dieciséis años:

— Amorcito de mi alma... por favor dime: ¿quien ha sido el primer hombre de tu vida?

— Tú... Segundito —le contestó ella, muy suelta de huesos y con la seguridad de estar diciendo la verdad, además de creer que con eso le estaba haciendo el hombre más feliz de la vida, a lo que él, muy golpeado en su orgullo, sólo atinó a balbucir—:

— Con que yo soy el segundo ¿no? —y se fue sin decir nada más, a mascullar a solas su primera decepción—.

La ingeniera agrónoma, por su parte, se llamaba Lucha y, al parecer, el nombre le estaba bien puesto, porque esa era su vida. La ingeniera zootecnista se llamaba Irene, que fue el nombre de una reina tártara, en razón de lo cual la habían educado como si tuviera esa real investidura, y; el técnico forestal se llamaba Nelson, como el de Trafalgar. Todos hacían un gran equipo, aunque a Irene la hayamos encontrado muchas veces, echada de barriga debajo de las jabas de los cuyes, tratando de atrapar los que se le habían escapado mientras los clasificaba o les aplicaba algún medicamento para la sarna o la alicuya (fasciola hepática).

El proyecto “Escuela, Ecología y Comunidad Campesina” en el que trabajábamos —más conocido como “FAO Suiza” desde 1984— en esa época estaba tratando de validar una propuesta educativa con componente ambiental, para las escuelas primarias de la Sierra del Perú, que se centrara en el manejo sostenible de los recursos naturales. Se había iniciado en 1983, a partir de una serie de requerimientos planteados al Proyecto “FAO Holanda”, por las familias campesinas donde éste operaba, que deseaban que sus hijos participen también de la experiencia de reforestación en la que ellos estaban involucrados, hecho que suponía trabajar en las escuelas y no sólo en los viveros y las plantaciones comunales.

Así se hizo. Pero, como la inclusión de más de mil escuelas en la experiencia desbordó la capacidad operativa y financiera del Proyecto “FAO Holanda”, se buscó un socio adecuado para implementarlo. Este socio no fue otro que el Gobierno de Suiza a través de su organismo técnico: el COSUDE, que asumió los costos operativos y financieros de la nueva experiencia desde 1984 hasta su transferencia oficial al Ministerio de Educación en 1995, una vez experimentados y validados los programas educativos correspondientes.

La conducción de la primera fase del proyecto, que duró desde 1984 hasta 1991, estuvo a cargo del Ministerio de Agricultura y la segunda, que abarcó desde 1992 hasta 1995, estuvo a cargo del Ministerio de Educación. Por lo tanto, a éste último le correspondió la tarea de validar en forma sistemática el Programa de Educación Forestal que naciera en FAO-Holanda y experimentar y validar su propio Programa de Educación Ecológica.

Uno de los problemas surgidos durante la experiencia, fue el hecho de que la articulación de la teoría con la

práctica, en el caso del Programa de Educación Ecológica, que estaba organizado teniendo como eje curricular “el manejo sostenible de los recursos naturales”, no estaba muy clara. Es más, parecía que relación tan necesaria, no existía. Si bien el Programa de Educación Forestal —con su eje curricular el árbol— tenía en el vivero escolar y la plantación comunal, un ambiente muy claro donde había que poner en práctica la teoría, en el caso del Programa de Educación Ecológica esto parecía que tenía que hacerse como tradicionalmente siempre se venían haciendo las cosas en educación: sólo con tiza y pizarra.

Y eso era lo que, justamente, en el Proyecto nadie quería. Frente a tal dilema, ya monitoreado e identificado como problema a solucionar por una Misión de Evaluación de la FAO que había venido desde Roma, se comenzó a buscar una salida. Se pensó que tal problema se resolvería “haciendo participar a los padres de familia en el proceso de identificación de los temas motivadores con los cuales habría de realizarse la programación curricular diversificada a la realidad de cada escuela” o, en su defecto, “mediante la ampliación del vivero hasta convertirlo en un Sistema Agroecológico —SAE— donde los alumnos practiquen el manejo sostenible de los recursos naturales”. Lo primero se experimentó en el Valle Sagrado del Cusco y, el SAE, en las escuelas de las Cordilleras Blanca y Negra del Callejón de Huaylas, en Ancash. La evaluación demostró que este último, era la alternativa que se había estado buscando.

Consiguientemente, se destinaron los recursos necesarios y se comenzó a implementar en cada una de las escuelas participantes en la experiencia, sus respectivos SAEs. En “El Proyecto” se tenía la costumbre de capacitar previamente a los docentes, cada vez que se

tenía que desarrollar una propuesta. Estas capacitaciones se iniciaban con una reunión nacional en Lima, en la que se preparaba a los equipos regionales de formadores y, luego, se llevaban a cabo las reuniones de réplica en forma descentralizada en los lugares que fueran necesarios.

Por diferentes razones de orden logístico, una de estas reuniones para los maestros de la Provincia de San Marcos, tuvo que llevarse a cabo en Huayobamba. El lugar se eligió por reunir los requisitos establecidos: tener acceso por carretera para que puedan llegar con facilidad hasta allí los docentes convocados, disponer de ambientes e infraestructura apropiada para la ejecución del taller, así como, la existencia de personas que puedan brindar los servicios de alimentación y estadía. El Instituto Superior Tecnológico existente en Huayobamba estaba ubicado al filo de la carretera, tenía ambientes libres para los talleres y, sobre todo, en el lugar existía la familia adecuada para la preparación de los alimentos. Así que el taller se hizo allí.

Uno de los aspectos abordados en ese taller fue la crianza de lombrices. Había que informar a los docentes acerca de su estructura orgánica y su fisiología, además de las labores culturales que implicaba su crianza y explotación. Resultaba que la dichosa lombriz californiana —eisenia foétida— que propagábamos, poseía cinco corazones, seis pares de riñones y, el grupo de neuronas que hacían las veces de su cerebro, apenas medía un poquito más que la cabeza de un alfiler común. Se alimentaba, preferentemente del excremento de los cuyes —que también había que criarlos en el SAE— y, gracias a sus seis pares de riñones, era una especie de máquina procesadora de humus, sobre la base de las cápsulas de excremento de los cobayos.

El humus de lombriz era un excelente abono natural, rico en nitrógeno y en un montón de oligoelementos más, y era particularmente efectivo para las hortalizas foliares, pero nada que ver con las de raíz como la zanahoria, que al parecer y según la palabra autorizada de la agrónoma del equipo, requería de mayor cantidad de fósforo que el humus contenía. Sin embargo, aquella lombriz era un ser maravilloso. Además de producir abono, podía convertirse en alimento de los patos, pollos, gallinas, pavos y peces que se aventuraran a criar en el SAE, siendo por demás prolífica para reproducirse, especialmente cuando su alimento era la cáscara de plátano.

Cuando la persona que por sorteo le tocaba desarrollar este tema en el taller, tenía a la audiencia completamente cautiva. Más aún si se hacía una disección para averiguar lo de sus corazones y riñones o, para variar, cuando se les informaba que era hermafrodita y que su copulación era un doble acoplamiento de sus órganos sexuales que duraba la miseria de dos horas cuando mínimo, siendo superior por mucho en esta faena, a la copulación de un verraco con una chancha o, por último, a la de cualquier animal de la escala zoológica.

Al taller de Huayobamba, entre otros maestros muy inquisitivos, había asistido una pareja que recientemente había contraído matrimonio y, como suele ocurrir con cualquier “recién casado”, estaban en esa época en que cada día se hace algún descubrimiento sexual nuevo. Por eso y por lo fascinante que siempre resultaba este tema para la mayoría, había que ver cuán impresionada se quedó la esposa con los datos acerca de la fisiología sexual de la lombriz. Tanto fue su asombro que, en un descuido y cuando creía ella que nadie se daría cuenta, le comenzó a dar a su esposo en la barriga,

unos golpecitos cariñosos con el codo a la vez que le hacía llegar a media voz este reclamo:

— Ya ves, so adefesio. La lombriz, dice la ingeniera, que tiene un cerebritito apenas más grandecito que la cabeza de un alfiler y que cuando hace el amor, se demora no menos de dos horas.

— ¿Y eso que tiene que ver conmigo? —le contestó su esposo, realmente sorprendido con la inusitada reclamación de su mujer—.

— ¡Cómo que no tiene que ver contigo! ¿Acaso tú no tienes tremendo cerebrazo y cuando me haces el amor no duras ni siquiera tres minutos?

Sobre si tendría razón o no la profesora reclamante... nadie lo supo, porque las risotadas que provocó el breve diálogo matrimonial en toda la audiencia, fueron tan largos y tan sonoros que hubo que declarar obligatoriamente un receso para que se calmen los ánimos. Por lo demás, la anécdota se hizo famosa en todo el país, después que fuera socializada en una reunión nacional de “El Proyecto” llevada a cabo en Huachipa.

Concluido el taller, y con las ganas de seguir riendo por lo acontecido en la clase de fisiología de la lombriz, los profesores una vez que cenaron se retiraron a sus habitaciones a dormir. Al día siguiente, ellos, después de desayunar, regresarían a sus escuelas. El equipo técnico del proyecto, en cambio, tuvo que desplazarse en su propia movilidad: una camioneta Toyota Land Cruiser, hasta su sede en el local del Ministerio de Agricultura, donde al día siguiente habría un taller para los docentes del distrito de Cajamarca.

Como las dos ingenieras del equipo, después de muchos años de no verse, se encontraron con sus antiguos compañeros y compañeras de estudio de la universidad, que ahora laboraban como profesores en el Instituto Superior Tecnológico de Huayobamba, el agasajo que éstos les brindaron: una comida en la casa de uno de ellos asentada con varias cervezas, comenzó a surtir sus efectos en las vejigas, especialmente de ellas por ser las agasajadas directas, apenas comenzamos a remontar la subida que existe saliendo de Huayobamba rumbo a Condormarca.

Por esa zona, en aquella época, la carretera no era amplia ni tenía los dos cómodos carriles que ahora tiene como carretera asfaltada. En razón de ello y para no cometer una imprudencia de tránsito, no se pudo detener el vehículo sino hasta cuando apareció la planicie en la cual el cadillo era rey. Ni bien el vehículo se estacionó a un costado, las dos ingenieras salieron volando rumbo a donde pudieran vaciar sus vejigas, lo cual hicieron en la forma ruidosa en que acostumbran hacerlo las mujeres, sin importarles mayormente dónde y cómo lo hicieran y, lo que es peor, sin imaginar lo que podría ocurrirles con los cadillos a los que regaban con pichi caliente.

Es posible, que la micción no fuera tan ruidosa, pero a los tres varones que formábamos el equipo, seguramente nos lo pareció, por la soledad y el silencio que en esos momentos reinaba en el ambiente. Obviamente, como para nosotros fue más sencillo realizar esta faena fisiológica detrás del vehículo, después de terminar nuestras propias descargas, tuvimos el tiempo y la oportunidad de poder escuchar con toda la tranquilidad del mundo lo que sabíamos que iban a hacer nuestras compañeras de viaje, después de lo cual y al parecer sin

mayores incidentes, las vimos regresar y subir muy ondas al vehículo.

No pasaría ni quince minutos de reiniciada la travesía y, no sin antes percatarme por el espejo retrovisor de salón del vehículo, que nuestras compañeras de equipo venían haciendo una serie de movimientos por demás raros e inusuales en ellas, al unísono se escuchó el siguiente pedido:

— Por favor profesor, pare el carro una vez más, que tenemos algo muy urgente que hacer.

— Qué pué... ¿otra vez van a orinar? Pero... ¿si recién lo acaban de hacer ...mamitas meonitas —les dijo en tono burlón, Segundo—.

— Si profesor —contestaron siempre al unísono ellas— pero esta vez se trata de otra clase de diligencia. Ustedes quédense en el carro y no miren para atrás. Además, profesor Wilson, prenda por favor la luz de retroceso del carro —y salieron, con apuro, igual que la vez anterior, rumbo a la parte posterior del vehículo, rogando seguramente, de que no venga ningún otro carro, por cualquiera de los lados de la carretera—.

Se demoraron una infinidad de tiempo, durante el cual, con suerte, no llegó a pasar un solo carro por allí, mientras duró toda la faena a las que estuvieron dedicadas. Tampoco llegamos a saber cómo lo hicieron. Fue Nelson, en su ingenuidad pariamarquina, que aclaró el misterio en el que nos hallábamos sumidos todos los varones, tan pronto ellas fueron a la parte posterior de la camioneta:

— Creo, profesor, que las ingenieras se han ido a quitarse los cadillos que seguramente se les han pegado

en los pendejos cuando se fueron a orinar. Porque, allí donde ellas han ido a mear, fueeee... ¡Jesucristo, está llenito de cadillo!

Como no había qué hacer y sólo nos tocaba esperar, entre risa y risa, comenzamos a formular hipótesis acerca de dónde y por dónde estarían quitándose los cadillos. Presumíamos igualmente que la una le tendría que haber librado de los cadillos a la otra, o que, en el peor de los casos, cada quien se hizo cargo de su propia arrancada de cadillos. En fin, cuando ellas regresaron y subieron al vehículo, tan pronto se inició la marcha, Segundo hizo se puso a cantar esta tonada carnalera:

— Ay Diosito, ay Diosito/ quien pudiera ser cadillo/ y enredarme en los pelitos/de tu hermosa palomita/ —para concluir sin cantar, como si estuviera hablando para sí, con lo siguiente—: ¡qué feazo ya pue se enredará el cadillo por allí! ¿No es cierto ingenieritas?

Ellas, como si pensarán al unísono también, no le contestaron nada y prefirieron hacerse las sordas, aunque la forma en que comenzaron a reír demostrara todo lo contrario, en razón de lo cual, el viaje de regreso hasta Cajamarca, fue una sola risa.

El proyecto finiquitó todas sus acciones en 1995, pero... cada vez que llegamos a estar juntos de nuevo, recordamos el incidente y seguimos riendo...

PARA DESQUITAR LA SAL

Cada vez que a mi abuela le pedía algo que no podía comprarme —en ese momento o... ¡nunca!— solía decirme, con aquella sabiduría que siempre le caracterizó en vida: “hay hijito, querer es natural y el no poder es fatal”, con lo cual daba por finiquitada cualquier otra artimaña mía para lograr la aprobación, por lo menos de una parte pequeña, de mi pliego diario de reclamos, cuyo financiamiento no tenía un costo muy elevado, pero que para ese tiempo era difícil de satisfacer, porque es de presumir que el dinero era escaso y porque no se ganaría ni se gastaría con la facilidad con la que, aparentemente, se hace hoy en día.

En muchos de los casos, la satisfacción de uno de los puntos de mi “pliego diario de reclamos” requería tan sólo de cinco céntimos, con lo que me podía comprar un buen trozo de alfeñique donde doña Paula, o un kete de azúcar blanca donde doña Juana Carmela, pero el caso era que este pliego no había cuándo termine de satisfacerse, y eso de atenderlo por partes y cucharadas, parece que nunca le dio buen resultado a mi pobre abuela.

Han pasado treinta y cinco años desde que ella se fuera a gozar eternamente de la paz del Señor, pero esos y muchos otros de sus “dichos”, permanecen grabados en mi memoria con una nitidez que, a veces, hasta me asusta, lo cual me lleva a creer, tal vez simplonamente, que aquella viejecita de blonda cabellera plateada, ha de seguir siendo allá, tan sabia como lo fue acá en este mundo y que no me ha abandonado nunca, porque siento que siempre se está comunicando conmigo de alguna forma.

En este tercer milenio, he querido aplicarle la misma receta a mi nieto Piero, de siete años de edad, pero él, muy suelto de huesos, me responde: “y eso que indica”, cada vez que yo le menciono textualmente algún dicho o alguna otra palabreja con significado especial aprendido de mi abuela, para hacerme saber que “eso ya fue” o que, simplemente, no entiende lo que quiero decirle, aclarándome algunas veces —de yapa— con ingenua agudeza que:

— En lugar de estar perdiendo el tiempo con esos refrancitos raros, ándate al cajero automático, donde siempre tienes plata, y saca de allí lo necesario para que me compres lo que te estoy pidiendo —aclarándome encima que— ¡que para eso están los abuelos!

Ni modo, parece que así están las cosas ahora, pero en los tiempos aquellos de mis primeros doce años, que los pasé en la Ochora junto con mi abuela, obviamente, todo era diferente. Para tener plata, ella tenía que hacer maravillas. Una de esas “maravillas” era engordar tres o cuatro chanchos, que los vendía uno por uno a los carniceros de la Ochora que le ofrecieran un precio razonable. De entender que sus ricos chanchos se estaban barateando, prefería negociarlos con los carniceros que venían desde Moyobamba —que siempre pagaban mejor precio que los del pueblo— dejando

siempre el último para sacrificarlo en la casa y satisfacer el consumo interno y, por cierto, para obtener las tres o cuatro latas de manteca que nos servirían para aderezar nuestras comidas, lo menos durante los cuatro o cinco meses siguientes, si no se le ocurría hacer tortillas o amasar pan.

Pero... cada vez que en la casa mi abuela mandaba matar un chanco para nuestro gasto, eso de “nuestro gasto” era solamente un decir, porque obligatoriamente había que hacer frito y chicharrones en una paila, para repartirlo en tiestos a toda la vecindad. Además, había que escoger la mejor carne para enviarles, en una ración como Dios manda, a los familiares y los vecinos más allegados, que eran casi todos los que nos rodeaban a una manzana a la redonda.

Total, la matanza de chanco se convertía en una fiesta, porque no faltaba alguien que trajera una botellita de aguardiente de caña para evitar que el chanco patee, desde el momento mismo de comer el “amor nuevo”, que se hacía tan pronto se sacrificaba al animal, del pellejo —con tocino y todo— de la parte de abajo del cuello, por donde justo entra el puntazo mortal. Al final del fandango, resultaba que nosotros los dueños del chanco, nos quedábamos con el espinazo, que servía para hacer el inchicapi o el poroto shirumbe, la cuchicara o las costillas, que se tenía que secarlas al sol porque no había refrigeradora y, claro, con las latas de manteca que eran sagradas porque eso jamás se repartía. Frente a tal resultado mi abuela solía filosofar:

— Para que nos vamos a quedar con tanta carne, no hay donde guardarla. Si no se cecina y se seca al sol, se olisca, y ya para cecinar no me quedan fuerzas después de tanto ajeteo —y qué razón tenía, beneficiar un chanco en la casa, era cosa de locos, no sólo por el

frito y los chicharrones, sino por los chorizos y las rellenas que había que hacer—.

Ganar la plata a mi abuela... sí que le costaba sus buenos trabajos, pero; que yo supiera, nunca anduvo completamente misia. Quedarse viuda, sin un empleo permanente y con ocho hijos, a los cuarenta y un años de edad, ha de haber sido una cosa muy seria. Pero eso de que Dios proveerá, parece que con ella si se daba el caso. Para ganarse el sencillo, acostumbraba dar pensión de lunes a sábado, a los profesores de las tres escuelas —una era de varones, otra era de mujeres y la tercera era elemental y mixta— que había en el pueblo. Los profesores en su mayoría no eran del lugar y venían de Rioja o de Moyobamba. Los únicos maestros propios del lugar eran mi tía María Escalante, doña Blanca Rojas, don Nicanor Reátegui y don Domingo Vela.

Durante las vacaciones escolares, período en que no había comensales en la pensión, mi abuela acostumbraba beneficiar cada semana, junto con todos nosotros, no menos de veinte docenas de cogollos de bombonaje, de los que se obtenía la paja para los sombreros que se manufacturaban en la Ochora, al puro estilo de Celendín, que es de donde procedía la técnica. Mi abuela no hacía manufacturar sombreros con tejedoras, porque ese negocio era de mi tío Lucho “Verdura”, sólo era la proveedora de la materia prima, es decir, de la paja de bombonaje —o de toquilla, según otros— que una vez convertidos en sombreros y blanqueados con azufre se enviaban en fardos a dicho lugar.

Un manojo de paja se vendía a un sol con cincuenta centavos y se obtenía sobre la base de doce cogollos de bombonaje, que a mi entender de ahora, no justificaba todo el trabajo que era necesario desplegar para

prepararlos, pero que en ese tiempo, seguramente que me parecería completamente normal y razonable: la plata había que ganarla...con el sudor de la frente, y a pesar de que no había necesidad de compararla con el dólar aunque sí tuviera como referente a la Libra Esterlina, valía realmente el trabajo que costaba ganarla.

Hasta donde recuerde, beneficiar cogollos de bombonaje era una macana parecida a matar un chanchito en la casa, por lo laboriosas de las tareas que había que hacer para lograr contar con un manojito de paja. Todo el trabajito comprendía, desde recoger los cogollos en la chacra, transportarlos a la casa cargándolos sobre la espalda o sobre el lomo del caballo, abrirlos y rasgarlos en hilachas gruesas y delgadas, con unas lengüetas especialmente preparadas con tres y dos agujas a modo de dientes, de cuyo raleo dependía el grosor de cada hebra de paja, hasta hervirlos en latas, secarlos al sol y atarlos en manojos de a doce cogollos... sólo para cobrar un sol cincuenta... eso sí que era trabajoso.

Por cada tarea cumplida en tales faenas, mi abuela solía recompensarme diciéndome a modo de halago:

— Ya desquitas la sal, hijito.

Supongo que eso de desquitar la sal tenía mucho sentido. En la Ochora y en aquel tiempo, se consumía lo que se llamaba la “sal chacha”, que eran unas tremendas “piedras” que se traían a lomo de bestia —y también sobre la espalda de uno mismo— desde unas minas de sal que se encontraban a doce horas de camino a pié desde el pueblo. Desde allí, mi abuela, con sus hijos mayores, hacía traer la sal una vez al año, en un caballo que era nuestro y otro que alquilaba a tres soles por día. Los salineros salían de viaje en la madrugada del primer día, montados en las bestias de

carga y regresaban, al segundo día, muertos de cansancio, después de caminar más de doce horas a pié, algunas veces cargando sobre la espalda un buen trozo de sal, que se derretía con el sudor y el calor del cuerpo y goteaba por las corvas.

La sal que se utilizaba para sazonar las comidas, era en realidad “cachiaco” —agua con sal— debido a que las piedras se tenían que disolverse en agua, en un tiesto especial disponible en la casa para este único fin, hecho de greda quemada. El “cachiaco” no era limpio, porque las piedras de sal traían consigo algunos óxidos rojizos o amarillos y hasta tierra común, y había que esperar que dichos desechos se asienten al fondo del tiesto para poder consumirla.

En Moyobamba, beneficiaban dicha sal hasta convertirla en un polvo blanco parecido a la sal yodada de ahora, pero costaba treinta centavos el kilo y sólo la compraban los que tenían más dinero o cuando la gente de escasos recursos se quedaba sin sal chacha y no había cuando se vayan traerla desde la mina de sal. No es que la sal chacha no se comprara, sino que costaba cincuenta centavos la arroba, en la misma mina.

Acerca de los viajes que hacía la gente, para traer las piedras de sal desde la mina, se contaban mil historias, algunas aderezadas de pura fantasía y unas pocas, con visos de verdad o por lo menos de verosimilitud. Muchas mujeres, por ejemplo, después que regresaban de ese viaje de dos días, resultaban en el pueblo con la tonada de los antojos, de que la regla se les había retirado y con unas ganas locas tejer, en tanto otras más listas y más calculadoras, no sólo conseguían el hijo que les iba a acompañar de por vida, sino hasta el marido que les ayude a criarlo.

Según decían, la mina de sal quedaba al otro lado de unos cerros azules que se ven desde la Ochora y, para llegar hasta allí, había que recorrer el camino natural que el río Mayo hace hasta hoy, para poder desembocar sus aguas en el caudaloso Huallaga. Por lo tanto, se tenía que atravesar los últimos contrafuertes que por esas planicies forma la Cordillera de los Andes y tomar un desvío del camino a Jepelacio y las cataratas del Jera, por el abra natural que el río Mayo aprovecha para dejar estos parajes, lo que supone cruzar bosques casi vírgenes y subir y bajar gradientes.

Aprovechando esta situación, algunos solían hacer este viaje llevando su escopeta y sus perros de caza. Los perros, tan pronto olían algún animal en las cercanías del camino, emprendían la persecución hasta acorralar al animal salvaje en algún lugar donde el cazador los ultimaba de un certero balazo. Así, junto con la sal, las bestias de carga de estos cazadores montaraces llegaban a la Ochora, resoplando de cansancio por la carga adicional de carne de monte a medio orear sobre sus lomos.

Cuentan que en una de esas tantas veces, don Desiderio Sandoval, experto cazador montaraz de la Ochora, encontró trágicamente la muerte. Según su costumbre, una vez que comenzaron a bajar los cerros azules para llegar hasta la mina de sal, don Deshico azuzó a sus perros para que inicien la cacería de no sabía qué, y éstos, bien mandados, encontraron un rastro fresco que comenzaron a seguir.

El rastro era de una gran mantona hambrienta que, justo en ese momento, se había aventurado a salir del escondite en donde había estado cambiando de piel durante casi un mes. Por ese detalle, precisamente, el olfato de los perros no fue capaz de distinguir, exactamente, de qué animal se trataba. Por lo general,

los perros de caza suelen distinguir muy bien el olor de las serpientes, más aún cuando se trata de una gran mantona que, en menos que canta un gallo, puede convertirlos de victimarios en víctimas bien trituradas, listas para una deglución por tanto tiempo esperada.

Sin embargo, ocurre que cualquier serpiente después de que cambian de piel, aún cuando se trate de una mantona de más de ocho metros largo, se convierte en un ser casi indefenso, a pesar de que sus poderosos anillos constrictores sigan teniendo la misma fuerza que tenían antes de la muda. Por eso, una vez que esta serpiente percibió que se trataba de una jauría de caza no menor de cinco perros, débil como sentía a su nuevo pellejo, optó por emprender la retirada y esconderse en su madriguera.

Desde el camino, don Deshico escuchó que sus perros ladraban dentro del monte, de la forma que sabían hacerlo para avisarle que al animal ya lo tenían acorralado. Por lo tanto, era cuestión de ubicar de donde provenían los ladridos e ir hasta allí con la escopeta... y dar muerte a su presa. Tantas veces ya lo había hecho así que, ésta vez, se trate de una carachupa, de un majaz, de un venado, de una sachavaca o aunque sea de un shihui, igual le serviría la carne de fiambre. Don Deshico, a diferencia del resto de la gente, nunca había llevado fiambre para esa comisión o para cualquier otra, ya que siempre se las había arreglado con la carne de monte que cazaba con la ayuda de sus perros.

Pero ese día, cuando llegó hasta el hueco donde se suponía que se había metido el animal al sentirse vencido por los perros, no imaginó ni en sueños que allí dentro iba a estar semejante viboraza. Él creyó, con la seguridad de los conocedores de ese tipo de situaciones, que allí dentro había una buena carachupa a la que

cocinaría a la brasa en su propia caparazón, tan pronto llegaran al campamento de la mina de sal, a eso de las siete de la noche. Como los perros ladraban y ladraban señalando el hoyo medio escondido entre la maleza, se dijo para sí que, incluso no valía la pena ni siquiera gastar una bala para matar a la carachupa. Así que consiguió una buena varilla de carachacaspi, afiló bien con su machete una de las puntas para convertirla en una buena lanza y comenzó a hurgar con ella dentro del hueco. Casi al tope de la varilla, sintió dentro del hueco, el cuerpo de un animal vivo y con el último retazo de esta y metiendo el brazo hasta donde el agujero le facilitó, propinó —según él— el lanzazo mortal:

—No es carachupa, ¡carajo! ¿Qué animal será? —se dijo para sí porque, obviamente, con sus perros no podía conversar— pero ya saldrá y cuando lo haga, lo remataré de un sablazo. Lo único seguro es que es grande el maldito.

Como la piel de la mantona estaba recién mudada, la lanza le había perforado una parte de su cuerpo, pero no de forma que la inutilice. Así que la serpiente salió de su guarida decidida a defender su vida, a castigar al que lo estaba molestando y a conseguir, de pasadita, la comida que desde hace más de tres meses le estaba faltando. Y salió del hueco a una velocidad que no imaginó el cazador, sólo para envolverlo con sus anillos y comenzar el proceso de trituración de los huesos. Los perros, mientras esto ocurría, sólo ladraban tan desesperada y dramáticamente que, a otro grupo de compradores de sal les llamó la atención y fueron a ver de qué se trataba.

La enorme mantona de ocho metros de largo, cuando éstos llegaron al lugar de los hechos, estaba terminando de deglutir la cabeza del que fuera don Desiderio Sandoval. Cómo no habían llevado armas, y la escopeta

de la víctima estaba debajo de la víbora, a lo único que atinaron fue a correr.

Y no pararon de correr hasta la mina de sal...

UN TERNO DE CHASQUI PARA EL “DOCTOR”.

Serían las diez de la mañana cuando mi abuela, a gritos, hizo que dejara el juego de bolitas en el que, como nunca, yo les estaba ganando tres partidas seguidas a Juan Clímaco y Sergio Torres. Tan entretenido estaba en el juego que no hubiera querido que ni Dios me lo interrumpiera; pero, cuando llamaba doña Ishuca ni siquiera alguno de sus ocho hijos podía hacerse el desentendido, menos el nieto éste que estaba haciendo añicos a sus compañeros de juego, en una especie de playita de arena fina que la lluvia había hecho durante toda la noche anterior, debajo del árbol de palillo que servía de lindero a nuestra casa y la de mi tía Cruz Escalante.

— Cumpa Wishon... porsiacá, ya tu sabes, el que se va pierde el juego ¿ahh?... ya te avisamos —me dijeron al unísono mis dos contrincantes—.

— Que se va a hacer —les contesté resignadamente como guardar la bola de cristal negro en mi bolsillo, con la cual les estuve ganando todas las jugadas— tengo que irme, mi abuelita me está llamando, pero ahí se quedan en el triángulo las demás

bolas en juego, para que se repartan como buenos hermanitos, jaaa, já, já —agregué como irme—.

Tan pronto me presenté con mi abuela, me dijo que fuera a coger naranjas de la huerta y que, sin demorarme —como ocurría casi siempre que me encargaba un mandado— le preparara con ellas una jarra de naranjada a mi tío Elías, que ya se estaba levantando de su cama.

Coger las naranjas en cualquier otro día no habría sido ningún problema para mí, porque era medio mono trepándome a los árboles frutales que teníamos en la huerta, pero como había llovido toda la noche anterior, por más mono que fuera, la tarea iba a ser difícil por lo resbaladizas que se ponían las ramas de las naranjas cuando ocurría una lluvia prolongada, así que, lo mejor que pude, traté de hacerle entender eso a mi abuela:

— Qué ocho cuartos ni la mula muerta —me dijo de inmediato mi abuela— no sabré yo tus habilidades para subirte a los árboles... Así que, haz el mandado y trae las naranjas que te he dicho.

Mi abuela sí que sabía muy bien de mis habilidades para trepar a los árboles frutales de la huerta, porque cada vez que me amenazaba con corregirme con el “caramelo”, en menos que canta un gallo, me escapaba a la huerta y trepaba a un árbol. “Caramelo” llamaba ella a un pedazo de rienda para el caballo, deshilachada por el uso y hecha de cuero de vaca, que tenía colgada en la pared de la cocina, para cuando hiciera falta “enderezarme”, las veces que —según ella— estuviera a punto de desviarme del buen camino.

Ocurría que mi pobre abuela, hasta encontrar un palo largo para tratar de hincarme con él y de ubicar el árbol

de la huerta —de un cuarto de hectárea— al que me había subido, se le pasaban las ganas de “enderezarme” y, como siempre tenía que hacer algo urgente en su cocina, me dejaba allí amenazándome que, tan pronto bajara, iba a cumplir con castigarme, pero... jamás cumplía esas amenazas, no porque no se acordara, sino porque así era ella de perdonavidas.

Así que, evaluada la situación y aunque a regañadientes, tuve que ir a cumplir lo que me estaba ordenando mi abuelita, que habiendo quedado viuda muy joven, con ocho hijos que criar y sin profesión a la que arrimarse, tuvo que desarrollar una energía de carácter que ya quisiéramos tener muchos. Una vez en la huerta, escogí el árbol más apropiado de naranja y me trepé a él para arrancar las que estuvieran más maduras y jugosas.

En el extremo de una rama que juzgué capaz de sostener mi peso, había un racimo en el que, apretujadas como uvas, habrían no menos de siete naranjas. Así que, con todos los cuidados para no resbalar y caer, me acerqué a él y... justo cuando ya iba a lograr mi objetivo, sentí cómo toda la rama se desgaja y comienza a caer. Desde donde estaba hasta el suelo, no habrían más de siete metros de altura, pero como las naranjas tienen espinas y cómo yo caería junto con la rama desgajada por entre esas ramas espinosas, ya me imaginaba lo que me iba a pasar.

Pero... caí desde los siete metros con rama y todo y, a pesar del gran ruido que se produjo, llegué al suelo sin un rasguño, sin haber sufrido ninguna magulladura en mi cuerpo o torcedura de alguna articulación, que requiriera por lo menos de unos toques con asepsil rojo o de una frotación con árnica. Una vez que mi abuela y mi tío Elías me rescataron de entre las espinas de la rama de naranja caída, pude comprobar sólo al mirarlos, que estaban más asustados que yo, lo que se reflejaba en

sus rostros más amarillos que la flor del algodón, en cambio yo no tenía ni siquiera un rasguño y lo único que había perdido fueron las chapas de la cara... también por el susto.

— ¡Qué suerte! —dije para mis adentros— así no más, nadie se cae de un árbol de naranja, desde siete metros de altura, sin que le pase nada.

En muchos días, no hubo necesidad de treparse a ninguna naranja para coger sus frutas. La enorme rama que se había desgajado de cuajo de su tronco, por mi peso y por el hecho de estar cargada de un montón de naranjas, había caído trayendo consigo a todas ellas y sólo hubo que cosecharlas y guardarlas en la barbacoa junto con los racimos de plátanos, para que terminen de madurar. Pero ese rato, abrumado por la idea de que por su culpa pudo pasarme algo grave, a mi tío Elías se le quitaron todas las ganas de naranjada y sus calderos los tuvo que apagar con el agua de “El Chorro” que tenía mi abuela en no menos de cuatro cántaros, en uno de los rincones más oscuros de su amplia cocina.

Eso fue lo primero que salió a la luz, de entre mis más escondidos recuerdos, durante los primeros quince minutos de muda contemplación del rostro yerto, pero sereno de mi tío Elías en Trujillo, donde él se estaba velando, tan pronto llegué de Cajamarca junto con mi mujer y mi hermano Lucho. En ese aciago momento, eran exactamente las tres de la madrugada del sábado quince de marzo del año dos mil ocho y, aparte del natural cansancio que sentíamos por haber hecho un viaje por más de siete horas seguidas, que habíamos iniciado en Cajamarca el día anterior, lo que más nos dolía era la pérdida para siempre, de un familiar tan carismático, cariñoso y efusivo en sus afectos como lo fue mi tío.

Normalmente, en mi automóvil, el viaje de Cajamarca a Trujillo solía hacerlo en no más de cuatro horas y media. Pero esa noche, la neblina que suele haber en la época de lluvias entre el abra del Gavilán y el puente Baily, pasando San Juan, estuvo más impenetrable que nunca. Y... para remate de malas, uno de los focos del faro delantero derecho del auto se había quemado y el haz de luz que emitía el faro “vivo” se desparramaba sin ton ni son por entre esa horrorosa y blanca neblina que lo oscurecía todo y, que incapacita poder fijar el rumbo con la precisión deseada.

Cuando se presentaba una situación como esa y para poder avanzar un poco, la solución siempre había sido seguir —como el cachorro que sigue a su madre— a algún camión equipado con faros neblineros. Eso hicimos tan pronto nos adelantó un vehículo con cisterna de combustible. Sin embargo, no por mal agradecidos sino por la urgencia de llegar pronto a nuestro destino, tuvimos que dejarlo más adelante pasada la neblina, para que, a su paso, haga su propio recorrido, que sin necesidad de mucha imaginación, resultaría más rutinario y monótono con respecto a nuestro Mitsubishi.

Sin embargo, no avanzamos como dábamos por seguro. Cruzarse con otro carro, en una carretera llena de precipicios, plagada de esos huecos insondables producidos más por el descuido de las autoridades que por el intenso tránsito de los vehículos pesados de la Minera Yanacocha, era un verdadero martirio. Había que bajar la velocidad y esperar casi estacionado a un lado de la carretera hasta que el otro carro nos pase. Por esa razón, en el Salitre, a eso de las once de la noche, encontramos una especie de tienda de repuestos donde quisimos comprar el famoso foco que nos faltaba, pero la

mujercita que atendía nos dijo que esperáramos a que ella se vaya a preguntar a su marido si tenía en stock el dichoso foco, pero después de más de veinte minutos de esperarla, regresó sólo para decirnos que se le habían agotado todos.

Si en la carretera de penetración a Cajamarca cruzarse con otro carro fue difícil, en la Panamericana Norte esta situación se empeoró hasta el límite, especialmente en el tramo donde no está señalizada adecuadamente que, para variar, abarcaba desde Pacasmayo hasta Trujillo. Sin embargo, como no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista, después de cerca de ocho horas de viaje, llegamos hasta donde mi tío Elías se encontraba descansando plácidamente en su ataúd, con sus ochenta y dos años bien vividos a cuestas. Mi tío era el cuarto de ocho hijos que tuvo mi abuelita, era menor que mi madre que todavía vive y llegó a tener once hijos.

Pasados los primeros recuerdos, un mar de sentimientos encontrados de congoja y de pena volvieron a agolparse en mi mente, todos ellos, producidos por la penosa circunstancia de tener que acercarme a mirar su rostro, una vez más, escondido detrás de las brumas de ese vidrio de su ataúd, que ahora lo separaba para siempre del mundo de los vivos. Y, junto con esos sentimientos, más de mil recuerdos más fueron apareciendo en un tropel inacabable y sin fin, todos cariñosos, pintorescos y anecdóticos de cuando él vivía al lado de mi abuela y de cuando era el “doctor” que suturaba heridas, sacaba muelas podridas, ayudaba a bien nacer, inyectaba más de una penicilina, repartía pastillas para la terciana o cuando, simplemente, les decía que su ciencia ya no daba más y que tenían que ir a Moyobamba para hospitalizarse y para que el doctor Lindsay los opere.

En su cara, enjuta ahora por más de una enfermedad mortal que él, estoicamente, sobrellevó sin hacer participar a nadie de sus sufrimientos —ni siquiera a su Gina, que tan bien le comprendiera— podía advertirse a simple vista que conservaba todavía, como símbolo de su triunfo sobre el dolor, aquel bigotito que durante toda su vida había sabido perfilar tan bien desde los dieciocho años de edad, que le habían sido característicos durante toda su vida.

Además de su bigote característico, al escrutar su rostro más allá de ese rictus de despedida, no era difícil observar también que, junto con esa palidez con la que sólo la muerte sabe maquillarnos, había un inenarrable silencio, pero ninguna pesadumbre por dejar a su familia desprotegida o por el hecho de estar cargando todavía algún pecado no perdonado, si no, más bien, su cara irradiaba aquella tranquilidad espiritual que sólo sabe darnos el convencimiento del deber cumplido o la satisfacción de no haber hecho nunca mal a nadie, intencionalmente.

Mi tío Elías, al que siempre llamé “papá” por el hecho de haberme criado junto a él hasta los doce años, fue el cuarto hijo de don Demetrio González Díaz y de doña Isolina Escalante Rojas, shilicos de nacimiento pero, por excepción, sin inclinaciones fenicias de ninguna índole para dedicarse a la intermediación comercial o, a la “jacobería” de juntar dineros que no pensarán disfrutar cuando vivos. Ellos jamás llegaron a tener una tienda ni menos compraron o vendieron sombreros de paja de bombonaje.

Mi tío, apenas concluida su educación secundaria, se enroló como sanitario del Sistema Interamericano de Salud Pública que, por ese tiempo, estaba dedicado a combatir la malaria y otras enfermedades endémicas en

esa parte del país. Para sus faenas diarias en el consultorio de la posta médica, usaba un terno blanco de dril americano importado, brillante y de muy buena caída, apropiado para esa clase de climas. Pero la vez que viajó a Iquitos para recibir una capacitación en su ramo, regresó de allí embutido en un terno de chasqui color marfil, que usaba sólo cuando había fiestas en el pueblo o para asistir al Hospital Evangélico de Moyobamba, donde el doctor Lindsay y su enfermera “miss Florence”, escocesa como él, lo capacitaban en forma práctica en salud básica.

Así fue cómo se volvió partero y aprendió, a extraer muelas careadas que ya no tenían remedio, a suturar heridas por cortes y, en general, a recetar y administrar los medicamentos básicos que la posta tenía; o a dispensar otros muchos servicios de salud necesarios para curar de sus males a los calzadinos. Poco le faltó para obturar dientes y taparlos con amalgama, como hacen los estomatólogos, o para practicar cesáreas y operaciones mayores como hacen los cirujanos, pero él, siguió viviendo hasta el fin de sus días con esa modestia que lo caracterizó en vida. Lo único que alguna vez le oí decir, medio en broma... medio en serio, era que, como partero, llegó a conocer al revés y al derecho, los “pichus” de todas las mujeres del pueblo, sean éstas feas o bonitas.

Uno de aquellos sábados —a eso de las cinco de la tarde— en que regresó de una de sus capacitaciones en el Hospital Evangélico, sudoroso como estaba por haber hecho la caminata a pie, desde Moyobamba hasta Calzada, que duraba en ese tiempo tres horas bien jaladas, tan pronto entró a la casa, mi abuelita lo llevó de un brazo a la cocina para que se tomaran el café “vaquero” que tanto les gustaba, con maduros asados en los carbones del fogón, bien aderezados con la

mantequilla australiana en lata que ingresaba al país por el Brasil, que él mismo había traído ese día en su maletín.

Mi tío Elías tenía la sana costumbre de traer a la casa, desde el lugar a donde iba, algún bocadito especial para mi abuelita y, para mí, una golosina o un juguete raro o exótico, que jamás iba a haber otro igual en el pueblo donde vivíamos. Así, yo llegué a tener desde una antara nacional, hasta un rondín alemán marca “Honner”, unos tirantes para mis pantalones y hasta calzoncillos con dibujos estampados en la parte del pipilí.

Aprovechando que mi abuela y él se fueron a la cocina a tomar su café “vaquero”, comencé a rebuscar en el maletín que se había quedado sin cerrar y, en donde, siempre había algo para mí. Pero ese día, por más que lo revolví todo, no encontré ni la golosina de costumbre ni el regalo que imaginé que allí estaría.

Casi resignado ante esta situación inusual, estuve a punto de irme también a la cocina a gozar del sabor incuestionable de la mantequilla australiana cuando, para mi sorpresa, a un costado del terno de chasqui color marfil que se hallaba profusamente doblado al interior del maletín, pude descubrir un frasco pequeño por demás sugerente, con unas figuras raras que no eran letras de nuestro abecedario y que no pude descubrir que significaban.

Más tarde llegué a saber que eran ideogramas y que el frasco en marras era de tinta china sepia. Imagino ahora que, como Atahualpa frente a la Biblia que le alcanzara el cura Valverde, estaría revisándolo para tratar de saber qué contenía, pero como desde el exterior no se podía lograr ese cometido, traté de abrirlo ayudándome con lo que más tuviera a mano: mis muelas.

La tapa estaba sellada con laca, presumiblemente, pero con la ayuda de dos muelas de conejo que tenía en ese entonces, logré aflojarla pero... con la mala suerte de que, una vez abierto, el frasco se escapó de mis manos y el contenido, casi en su totalidad, se derramó en el famoso terno de chasqui color marfil de mi tío Elías. Al evaluar la magnitud del daño que acaba de hacer al traje de luces del “doctor” del pueblo, no me quedó otra que huir de la escena del crimen y mandarme cambiar a donde nadie diera conmigo.

Cuando las luciérnagas comenzaron a prenderse como farolas por el pueblo y a iluminarlo a falta de luz eléctrica, regresé a la casa simulando estar muy cansado de tanto estar jugando fútbol en la calle que daba a la escuela. Mi pobre abuela no se sabe desde qué horas, había estado tratando de quitar la mancha enorme de tinta china sepia del terno de mi tío. Me dijo que había ensayado con leche tibia —sabe Dios de donde la obtendría, porque en el pueblo eran raras las personas que tenían una vaca en ordeño—, con naranja agria, con té y sal, con lejía y todo lo que se supiera que servía para quitar manchas. Pero... la mancha se quedó indeleble dejando al terno inservible... para siempre.

Nadie llegó a enterarse hasta muchos años después, que el causante de semejante accidente había sido mi inocente pero traviesa curiosidad. Sin embargo, de haberlo sabido cuando ocurrió, estoy seguro que mi tío Elías me habría “castigado” envolviéndome en una frazada y poniéndome a descansar en la cama, convertido en un lío, en tanto mi abuela me habría dado una merecida tunda con el “caramelo”, para quitarme toda la travesura y la curiosidad no deseable que yo hubiera tenido. Sin embargo, eso de ponerme a dormir de día y envuelto en una frazada como un paquete,

seguramente que para mi tío Elías sería también una travesura, pero para mí, con el calor que hace en Calzada, el castigo no lo padecía... ¡lo sudaba a chorros! Cuando mi tío Elías dejó el Sistema Interamericano de Salud Pública, debido a unas andanzas no resueltas en forma adecuada con alguna de las mujeres que tuvo de soltero, estuvo algún tiempo sin trabajo, pero algunos meses después ingresó al Cuerpo de Sanidad de la Policía Nacional del Perú, gracias a las habilidades que había logrado desarrollar hasta ese entonces en tratamientos básicos de salud; pero; sobre todo, gracias a su reconocida experiencia de trabajo en salud pública.

Como integrante de Sanidad de la Policía Nacional del Perú, desplegó todas sus habilidades y experiencia en Talambo, Santiago de Chuco y Florencia de Mora. En este último lugar construyó una de las casas que tuvo en Trujillo. La otra casa —tratándose de él se tiene que aclarar que la “la otra casa” es donde pasó sus días como jubilado y donde falleció—, la adquirió en la Urbanización Mochica. Sin embargo, rara vez se le podía encontrar allí en horas de trabajo. A pesar de estar jubilado, todos los días como los que acostumbran oír misa a esa hora, religiosamente atendía a sus enfermos en Florencia de Mora, desde las seis de la mañana... hasta bien entrada la noche.

Desde la fecha en que yo trabajaba como profesor en la escuela de Monte Grande, —pueblo de la provincia de Contumazá, que se halla ahora bajo las aguas del “desarrollo agrario” que significa para la gente de esos lugares la represa Gallito Ciego—; por la facilidad de estar ubicado a menos de tres horas de viaje de la ciudad de Trujillo y, más que todo, movido por la enorme gratitud que le deparaba a mi tío “doctor”, lo mismo que por la necesidad de llevarle unas flores a la tumba de mi

abuelita que se encuentra sepultada en dicha ciudad, solía visitar a mi tío Elías regularmente.

El caso es que mi tío Elías, todas las veces que le visitaba, tenía el gusto especial de agasajarme con algún traguito de la selva, preparado en Trujillo por el moyobambino don Juan Bardales. El “don” antepuesto a su nombre es muy merecido, porque es un señor que atiende a sus paisanos como Dios manda. Lo mismo es aplicable a su esposa, que colabora con su Juan para brindarnos esas atenciones de lujo. Allí, uno de esos tantos días memorables, le conté la verdad acerca de su terno de chasqui y la mancha indeleble de tinta china de color sepia. Cuando terminé de contarle en detalle toda la travesura, lo único que atinó a decirme para dejar bien saldada la cosa, fue:

— No te preocupes hijo, ese terno era un adefesio, cuando se andaba sonaba como si fuera de plástico. Además, como yo no soy gringo como el doctor Lindsay lo era, cuando me lo ponía, parecía mosco bañado en leche. A tu abuela Ishuca era a quien le gustaba que me lo pusiera, porque decía que así me parecía mucho a un doctor de verdad, como ella hubiera querido que yo fuera si habría tenido los recursos para enviarme a la Universidad.

Yo para mis adentros solo hice este comentario:

— Ah... si serás un viejito bandido... si ese era el terno que más te gustaba... y ahora, para variar, me sales con que era un adefesio, que sonaba como plástico y toda esa cosa. Qué más dirás para justificar mi travesura, aunque... seguro que si podrías, me harías dormir envuelto en una frazada, en pleno verano trujillano.

“Entre Gradientes y Travesías”,
se terminó de imprimir en
los Talleres Gráficos de
la Editorial de
Cajamarca, Perú;
el